

EVARISTO MARTÍN NIETO

DIOS
NUESTRO PADRE

ESCUELA BÍBLICA
DE
TORRE DEL MAR

Primera Edición: NOVIEMBRE 1998

Autor: Evaristo Martín Nieto

Imprime: Ediciones Si bemol, S.L.

Edita: Escuela Bíblica de Torre del Mar

I.S.B.N.: En trámite

Depósito legal: MA-.../98



ESCUELA BÍBLICA DE TORRE DEL MAR

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --
C/ San Martín nº 2
29740 TORRE DEL MAR (Málaga)
E-MAIL: filoso@jet.es

PRESENTACIÓN

El Padre Eterno es el principio sin principio, el creador del mundo, la fuente de donde todo se deriva y adonde todo confluye, el sustentador de cuanto existe. La última referencia siempre es él.

Pero, ¿cómo es él? ¿Cómo podemos hablar de él, si es, además, del que más tendríamos que hablar?

Hablar de él acudiendo a nuestra imaginación y discurriendo desde la filosofía especulativa puede perdernos en puras abstracciones y caer en el vacío. Los conceptos, a veces, no se corresponden con la naturaleza de las cosas, y, al referirse al misterio, menos todavía. Las imágenes sobre la divinidad son sólo eso, imágenes que no pueden reflejar al imaginado.

Del Padre hay que hablar desde sus mismas obras y sus mismas palabras, pues ellas sí nos dicen algo de lo que él es. Y ambas cosas las encontramos en la Biblia. Las intervenciones de Dios en la historia humana, que no es otra que la historia salvífica, nos revelan un Padre interesado únicamente por una sola cosa: la salvación del hombre. Ahí están las gestas salvíficas de Dios narradas en la Biblia.

Y ahí tenemos, sobre todo, la presencia de su Hijo encarnado, la última y definitiva Palabra del Padre con sus hechos y sus dichos. Todo lo que decía, se lo había dicho el

Padre y lo que hacía, lo hacía con el poder del Padre. Por eso, es el revelador del Padre. Esta revelación está consignada por los autores sagrados en la Sagrada Escritura inspirados por el Espíritu Santo.

La Biblia, que fue escrita bajo la acción del Espíritu Santo, debe ser leída bajo esa misma acción, pues "lo que viene del Espíritu Santo es plenamente entendido sólo por la acción del Espíritu Santo" (Orígenes). El Espíritu, que estuvo presente en el hagiógrafo, debe estarlo también en el lector. Esto es hacer oración de la lectura, hablar con Dios con sus mismas palabras y, sobre todo, escucharle. Desde lo que él nos diga, también podremos hablar de él, aunque muchas veces lo que nos diga no sea traducible al lenguaje humano y se quede en los espacios de la experiencia religiosa, pues es sabido que la Biblia es un "puro documento místico". La oración bíblica es un método hermenéutico, al alcance de todo fiel cristiano, que llega a la profundidad espiritual de los sentidos bíblicos, adonde no puede llegar el método histórico crítico.

Desde esta perspectiva se ha elaborado este librito de manera muy sencilla, en el que se hace referencia a todos los lugares de la Biblia que llaman a Dios "Padre", dejando al lector, a cualquier lector, que sea él, bajo la acción iluminadora y amorosa del Espíritu Santo, el que llegue a la verdad plena, y descubra en cada momento el sentido espiritual de los textos bíblicos.

La lectura, que aquí se hace de estos textos, se ha hecho en común y en voz alta, en la Escuela Bíblica de Torre del Mar, a cuyos alumnos están especialmente dirigidas, con gratitud y con cariño, las páginas que siguen.

A . - ANTIGUO TESTAMENTO

1.- Dios, creador y padre

En todas las religiones se ha llamado "padre" a Dios. Los griegos invocaban a *Zeus*, el Dios supremo, como padre de los Dioses y de los hombres". Y los romanos consideraban a Júpiter como el *Zeus-Pater* y el jefe del panteón. Como padre, estaba revestido de incuestionable autoridad y de absoluta omnipotencia. Todo le estaba incondicionalmente sometido.

El pueblo de Israel también tenía al Dios verdadero, al único, como un padre, pero no en el sentido generacional, sino en cuanto creador del mundo.

La Biblia se abre con estas palabras: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gn 1,1). Creó todo lo que existe, lo que vemos y lo que no vemos. Esta solemne afirmación bíblica es el fundamento y la fuente de cuanto podemos y debemos decir de Dios. Todo viene de él, como de su origen, y todo se dirige a él, como su último destino. "Él es el Señor, el que lo ha hecho todo" (Is 44 24), "con sabiduría" (Sal 44,24), "con número, con peso y con medida" (Sab 11,20).

Y porque es creador, es padre: "¿No es él tu padre y tu creador?" (Dt 32,6). Por eso, la postura del hombre sólo puede ser esta: "Tu, Señor, eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero" (Is 64,7; 63,16). Estamos en sus manos, en constante dependencia de él. Nos creó y en cada instante nos sigue recreando. "En él vivimos, nos movemos y existimos" (He 17,24). Desde la eternidad nos amó y nos sigue amando: "Tú amas todo lo que hiciste, pues si algo aborrecieras, no lo hubieras creado. Y ¿cómo subsistiría nada, si tú no lo quisieras?" (Sab 11,24-25). De él procede todo, él está en todo,

"es el padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos (Ef 4,5-6).

Dios ha creado el mundo para su gloria, es decir, para manifestar su divinidad, su poder, su bondad y su soberanía. Él es nuestro refugio y nuestro amparo, la fuerza invisible que nos sostiene. "Nuestro auxilio nos viene del Señor que hizo el cielo y la tierra" (Sal 124,4; 134,3; 115,15). "Sólo existe un Dios..., es el Padre, el Dios, es el creador, es el autor, es el ordenador" (S. Ireneo).

Por estas razones, el primer artículo de nuestra fe tiene que ser este: "Creo en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra", la verdad primordial en la que se apoyan y de la que se derivan todas las verdades, tanto profanas, como espirituales.

En el A.T, se llama "padre" a Dios quince veces¹. En otros lugares se le compara a un padre, pero no se le llama padre².

2.- Israel, el hijo primogénito

Dios es padre especialmente de Israel, porque lo ha elegido entre todos los pueblos del mundo y porque lo ha liberado de la esclavitud de Egipto. He aquí estas palabras del Señor que Moisés debía decir al Faraón: "Israel es mi hijo primogénito" (Ex 4,22). Las mismas que Jeremías pone en boca de Dios (Jer 31,9). Dios eligió a Israel por puro amor (Dt 7,7-8) "para ser su pueblo entre todos los pueblos de la tierra" (Dt 14,1), "especial propiedad suya" (Ex 19,15). Esto dice el Señor a Israel: "Yo te he liberado, te he llamado por tu nombre, eres mío" (Is 43,10).

Israel, elegido y liberado, se siente hijo de Dios, el privilegiado entre todas las naciones. El pacto bilateral del

¹ Dt 32,6; 2 Sam 7,14; 1 Cron 17,13;22,10; 28,6; Sal 68,6; 89,27; Is 63,16 (dos veces); Jer 3,14.19;31,9; Mal 1,6; 2,10).

² Dt 1,31; 8,5; Sal 103,13; Prov 3,12

Sinaí comprometía a Dios a portarse como un padre y a Israel como un hijo: "Vosotros sois hijos del Señor, vuestro Dios" (Dt 14,1). "Os llamarán hijos del Dios vivo" (Os 2,1).

La profecía de Natán, que tendrá su plena realización en Jesús, el Mesías, y que, en el contexto próximo, se refiere al rey, encuentra también su significado en Israel corporativamente considerado: "Yo seré para él un padre. Y él será para mí un hijo" (2 Sam 7,14). El texto está en conexión y en paralelismo con el salmo 2,7: "Tu eres mi hijo, yo mismo te he engendrado hoy", y con el 89,27: "El me invocará: Tú eres mi padre, mi Dios, mi roca salvadora". Esto, que se refiere a David, es perfectamente aplicable al pueblo de Israel.

En el A.T. la filiación divina sólo era aplicable a Israel, no a los demás pueblos. Y a Israel considerado como colectividad. Individualmente sólo lo era del rey (2 Sam 7,14) y del israelita justo (Sab 2,16,18; Si 51,10; 23,1.4).

Pero Israel no supo responder a esta filiación única, no cumplió con sus compromisos de hijo pactados con el Señor. Los profetas se encargarán de reprochar esta conducta:

“Yo me decía: te contaré entre mis hijos y te daré una tierra de delicias, la heredad más preciosa de las naciones. Yo pensaba: me llamarás padre y ya no te alejarás de mí. Más como una mujer traiciona a su marido, así me ha traicionado a mí la casa de Israel" (Jer 3,19-20).

Es el lamento del padre que se siente abandonado de sus hijos por los que tanto hizo. Y todo esto lo hacía Israel, confiando en la infinita misericordia de Dios, siempre dispuesto a perdonar:

“Ahora me dices: Tú eres mi Padre, mi amigo de juventud, pensando: no me va a guardar un rencor eterno, y seguías obrando maldades tan tranquilo" (Jer 3,4-5)

Es la ruindad del corazón desagradecido que, por no saber

de amores, en lugar de producir amor y acercamiento, produce alejamiento y desamor.

Ante la ingrata postura del hijo, sólo cabe el lamento y el reproche del padre: "Si yo soy padre, ¿donde está el honor que me pertenece? Y si soy Señor, ¿dónde el respeto que se me debe?" (Mal 1,6). Están profanados por los suelos. Pero Dios, que es un padre amoroso, es también un padre que se irrita y que castiga. Su castigo es siempre medicinal, es una corrección: "Reconoce en tu corazón que el Señor tu Dios te corrige como un padre hace con su hijo" (Dt 8,5). Es una corrección que provoca esta respuesta individual y colectiva: "Tú eres mi padre, mi Dios, mi roca salvadora" (Sal 87,27), "Tú Señor eres nuestro Padre" (Is 63,16) .

Dios, como padre, es constante en el amor, porque es "el que es" el siempre fiel, el que jamás deja de amar aunque no sea amado, el que siempre perdona. He aquí algunos de sus lamentos y de sus perdones:

"Cuanto más los llamaba, más se alejaban.

.....

¿Cómo voy a abandonarte, Efraim;
cómo voy a traicionarte, Israel?

.....

No actuaré según el ardor de mi ira,
no destruiré más a Efraim,
porque yo soy Dios, no un hombre" (Os 11,2.8.9)
"Volved, hijos rebeldes,
yo curaré vuestras rebeldías" (Jer 3,22)

Y he aquí la respuesta del pueblo a su voz paternal:

"Aquí estamos, a ti venimos, porque tú eres el Señor, nuestro Dios"
(Jer 3,22).

Esta es la historia, tantas veces repetida, del pueblo elegido y de todos los mortales, una historia llena de infidelidades y de

perdones. Y este es el clamor confiado del hombre bíblico que, por primera vez, se dirige personalmente y de manera individual a Dios, llamándolo "padre mío": "Señor, tú eres mi padre, mi Dios que no me abandonará en el día de la tribulación" (Si 51,10). Dios no abandona, no puede abandonar nunca, pues, si lo hiciera, dejaría de ser padre.

3.- Dios, Madre

A Juan Pablo I, en su brevísimo pontificado, apenas le dio tiempo a pronunciar estas hermosas palabras que, por su originalidad y su extrañeza, casi son las únicas que de él se recuerdan:

"Somos objeto por parte de Dios de un amor imperecedero. Sabemos que él tiene siempre sus ojos puestos en nosotros, aunque nos parezca de noche. Dios es padre, más aún, es madre. No quiere hacernos mal, sólo desea hacernos bien a todos. Los hijos, cuando están enfermos, tienen una razón de más para que la madre los mime".

Dios es más que padre, es madre. Podemos llamarle indistintamente padre y madre, porque es asexuado, trasciende lo masculino y lo femenino, pero le cuadra mejor la inefable ternura de la madre, pues lo esencial en él es el amor y en la tierra no hay amor como el de la madre que lo da todo, sin esperar ni pedir nada a cambio..

La Biblia nunca le llama madre, pero sí le presenta como madre:

"Como un hijo, al que consuela su madre, así yo os consolaré a vosotros" (Is 66,13).

"¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo a ti no te olvidaré, dice el Señor" (Is 49,15).

4.- Un Padre materno

Dios es un padre con entrañas de madre, es un padre materno:

"Efraim es para mí un hijo muy querido,
un niño que hace mis delicias.
Cada vez que lo amenazo, me vuelvo a acordar de él,
se me conmueven las entrañas
y tengo compasión de él" (Jer 31,20).

He aquí la estampa maternal de Dios, con el hijo querido en su regazo y enseñándole a dar los primeros pasos:

"Yo enseñaba a andar a Efraim
y lo llevaba en brazos
.
Mí corazón se revuelve dentro de mí
y todas mis entrañas se estremecen" (Os 11,3.8).

Dios se muestra como el padre más padre, cuando habla y actúa como una madre:

"Como se apiada un padre de sus hijos,
así se apiada él de sus amigos;
él sabe de qué pasta estamos hechos,
se acuerda de que no somos más que polvo" (Sal 103,13-14)

Él es el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas (Sal 68,6), el refugio de los pobres, el amparo de todos los marginados de la tierra. Al obrar así, nos enseña que "el justo debe ser humano" (Sab 12,19), pues el que no es capaz de ser humano, no tiene nada de divino. Nos enseña a ser hermanos, a vivir fraternalmente:

"¿No tenemos todos el mismo padre?
¿No nos ha creado un mismo Dios?
Entonces, ¿por qué estamos unos contra otros?" (Mal 2,10).

Esa es la reflexión que se hace el profeta Malaquías, tras la consideración de las relaciones paternales de Dios con su pueblo. Esa será también la suprema lección que impartirá cinco siglos más tarde Jesús de Nazaret.

Israel llama padre a Dios, porque una y otra vez ha experimentado su amor paternal. Dios le trataba "como un padre a su hijo querido" (Prov 3,12), como un padre providente (Sab 14,3-4).

Y en el judaísmo contemporáneo a Dios también se le llamaba padre. El rabino Eliecer decía: "¿En quién debemos confiar? En nuestro padre que está en el cielo". En las 18 bendiciones, que todo israelita recitaba tres veces al día, se le llama padre: "Padre nuestro, concédenos una ciencia emanada de ti" (Nº 4). "Padre nuestro, perdónanos, porque hemos pecado contra ti" (Nº 6).

Pero tanto en el A.T., como en las oraciones rabínicas, cuando a Dios se le llama padre, se hace de manera metafórica, es decir, Dios se comporta con Israel como un padre, pero no es considerado padre, tal como se hace en el N.T.

B.- NUEVO TESTAMENTO

I.- DIOS, "EL PADRE"

1. - ABBA

Abba es una palabra aramea que significa "papá", la primera palabra que el niño pronuncia. Esto dice el Talmud:

"Tan pronto como el niño prueba el gusto del cereal, [cuando lo destetan,] aprende a decir ABBA e IMMA (papá y mamá)".

Abba equivale a papá, papaíto, padre querido. *Imma*, a mamá, mamaíta, madre querida. Con las dos palabras podemos invocar a Dios, como ya hemos dicho, pues Dios es padre y madre.

Jesucristo llamó a Dios ABBA. Antes de él nadie se atrevió a hacerlo. Haberlo hecho, hubiera sido considerado como una blasfemia. Justamente porque Cristo lo hizo, fue condenado por blasfemo (Jn 5,18; 10,25-32; Mc 12,6-7).

ABBA es un término familiar del hijo al padre, no sólo del niño pequeño, sino de los hijos mayores. Emplearlo para dirigirse a Dios, hubiera sido una falta de respeto y hasta un sacrilegio, pues Él es el todopoderoso, el Señor del mundo que desde la lejanía, desde el lugar sagrado donde mora, todo lo dirige y gobierna con sabiduría y con autoridad.

ABBA es la palabra más importante y profunda del N.T., pues nos revela la paternidad, el misterio de Dios en Jesucristo. Es prácticamente el resumen del evangelio: Dios es padre de Jesús y padre nuestro, y todos somos hermanos.

ABBA es un vocablo perteneciente a los orígenes de la tradición evangélica, no inventada por la comunidad primitiva, sino transmitida por ella. Su uso fue cada vez más frecuente,

hasta llegar a convertirse en substitutiva, o como el nombre propio, de Dios. El único texto evangélico, que conserva la palabra ABBA, es Mc 14,36, y lo hace porque era la palabra original pronunciada por Jesucristo. Pero á advocación a Dios como "Abba" pasó también a las comunidades de habla griega, como está confirmado en Rom 8,15 y Gal 4,6 que conservan igualmente el original arameo.

Esto indica que los primeros cristianos tenían un gran respeto a la palabra "Abba", le daban un sentido tan sagrado, tan importante y tan profundo que se complacían en pronunciarlo tal y como salió de la boca de Jesús.

El N.T. llama "padre" a Dios unas 250 veces; 170 en los evangelios: cuatro en Marcos, 15 en Lucas, 42 en Mateo. Unas veces se refiere a Dios como padre de Jesucristo³, otras como padre de los hombres⁴ y otras como nombre absoluto de Dios o con un calificativo⁵.

En el evangelio de Juan aparece ciento nueve veces, once como "padre", sin artículo, y casi siempre en boca de Jesucristo, al comenzar sus oraciones, pues, al hablar directamente con Dios, como un hijo con su padre, el artículo sobra⁶. Veintitrés veces como "mi padre", referido a Dios en boca de Jesucristo⁷. Y setenta y cinco veces como "el Padre" con artículo, como el nombre propio de Dios⁸.

³ Mt 7,21; 10,32.33; 11,25.26; 12,50; 15,13; 16,17.27; 18,10.19.35; 20,23; 25,34; 26,29.39.42.53; Mc 8,38; Lc 2,49; 10,22; 22,29; 23,34.46; 24,49.

⁴ Mt 5,16.45.48; 6,1.4.6 (dos veces). 8.14.15.18 (dos veces). 26.32; 7,11; 10,20.29; 13,43; 18,14; 23,9; Mc 11,25.26; Lc 6,36; 12,30.

⁵ Mt 10 22; 11 27; 24,36; 28, 19; Mc 13, 22; Lc 9, 26; 10, 21 (dos veces); 11,2.13; 23,42.

⁶ 1,14; 5,18.37; 11,41; 12,28; 17,1.5,11.21.24.25

⁷ 2,16; 5,17; 6,52; 8,20.54; 10,18.25.29.32.37; 12,26;

14,2.7.20.21.23.24; 20,17.

⁸ 1,18; 3,35; 4,21.23 (dos veces), 5,17,19.20.21.22.23.26.36 (dos veces). 43.45; 6,27.32.37.39.44.45.46.57.65. 8,16,18,19.27.28.29.38.49.54; 10,15.17.29.30.36.38; 12,49; 50; 13,1.3; 14,6. 8. 9,10, 11, 12,13 (dos

En los Hechos de los Apóstoles aparece tres veces. Una en relación con el Espíritu, la promesa del Padre, que deben esperar en Jerusalén (He 1,4); otra referida a Cristo, el cual, exaltado por la diestra del Padre, recibirá el Espíritu prometido para derramarlo sobre la Iglesia en el Pentecostés cristiano (2,33); y otra para hablar sobre el misterioso poder del Padre para llevar a plenitud el establecimiento en la tierra del reino mesiánico (1,7).

En Pablo aparece cuarenta y tres veces. Cinco como "el padre"⁹. Nueve como "Dios padre"¹⁰. Tres como "Dios y padre"¹¹, seis como "padre de Nuestro Señor Jesucristo"¹², quince como "Dios nuestro padre"¹³. Tres como "gloria del padre o padre de la gloria"¹⁴. Una como "padre de las misericordias"¹⁵. Una como "padre de todos"¹⁶

En la carta de Santiago se le llama "Padre de las luces" (1,17) equivalente al "Padre de la gloria".

En las cartas joánicas aparece 15 veces¹⁷, centradas en la idea del Padre del amor y cuatro en las petrinas¹⁸ como Padre que nos ha elegido para ser santos, como padre de Nuestro Señor Jesucristo, como Padre que juzga imparcialmente y como Padre Glorificador de su Hijo amado.

veces), 16.24.26.28.31;15,9,16 (dos veces). 10,15,16.17.23.25.26.27.28 (dos veces). 32, 20.21.

⁹ Rom 8,15; 1 Cor 8,6; Gal 4,6; Ef 2,18; Col 1,19

¹⁰ Gal 1,3; Col 1,2; 2,2; 3,17; 1 Tes 1,1; 2 Tim 1,2; Tit 1,4; Flm 3

¹¹ 1 Cor 15,24; Ef 5,22; 1 Tes 3,11

¹² Rom 15,6; 2 Cor 1,3; 11,31; Ef 1,3; 3,14; Col 1,3

¹³ Rom 1,7; 1 Cor 1,3; 2 Cor 1,2; Gal 1,4; Ef 1,2; Flp 1,2; 4,20; Col 1,2; 1 Tes 1,1.3; 3,13; 2 Tes 1,1.2; 2,16; 1 Tim 1,2

¹⁴ Rom 6,4; Ef 1,17; Flp 2,11

¹⁵ 1 Cor 1,3

¹⁶ Ef 4,6

¹⁷ 1 Jn 1,2.3; 2,1.14.15.16.22.23.24 (dos veces); 3,1; 4,14; 2 Jn 3 (dos veces) .4.9

¹⁸ 1 Pe 1,3.17; 2 Pe 1,17

2.- "Padre", "Mi Padre y vuestro Padre"

Jesús, cuando se dirigía a Dios, decía "padre", pero las traducciones evangélicas lo hacen indistintamente por Padre, mi Padre, el Padre, como claramente aparece en el texto paralelo de los Sinópticos de la oración de Getsemaní: Mc 14,36: "El Padre" *-oh Pater-*; Mt 26,39: "Mi Padre" *-Pater mou-*; Lc 22,42: Padre-*Pater-*.

Lo hace una vez en Mc¹⁹, tres veces en Mt y Lc juntos²⁰, dos veces en Lc solo²¹, una vez en Mt solo²², nueve veces en Jn²³. Sólo en la oración de la cruz no le llama Padre, sino Dios, pero esta oración estaba condicionada por el salmo que recita (Sal 22,2). La expresión "el Padre", sin pronombre y sin calificativo, es prácticamente de Juan como el nombre propio de Dios.

Jesús llama también a Dios "mi Padre" al hablar con sus discípulos. Lo hace una vez en Mc²⁴, una vez en Mt y Lc juntos²⁵, tres veces en Lc solo²⁶, 13 veces en Mt²⁷ solo y veintitrés en Jn.

Se dirige a los discípulos con referencia a Dios como "vuestro Padre". Una vez en Mc²⁸ dos veces en Mt y Lc juntos²⁹ una en Lc solo³⁰, doce en Mt solo³¹ y dos en Jn³².

¹⁹ Mc 14,36)

²⁰ Mt 6,9 = Lc 11,2; Mt 11,25.26 = Lc 10,21 a .21b

²¹ Lc 23,34.46

²² Mt 26,42

²³ Jn 11,41; 12,27.28;17,1.5.11.21.24.25

²⁴ Mc 8,38

²⁵ Mt 11,27 = Lc 10,22

²⁶ Lc 2,49; 22,29; 24,49

²⁷ Mt 7,21;10,32.33; 12,50; 15,13; 16,17; 18,10.19.35; 20,23; 25,34; 26,29.53

²⁸ Mc 11,25

²⁹ Mt 5,48 = Lc 6,36; Mt 6,32 = Lc 12,30

³⁰ Lc 12 ,32

Con la expresión "mi Padre" Jesús dice que es Hijo natural de Dios, está haciendo la gran revelación del Nuevo Testamento, algo absolutamente desconocido en el Antiguo, cuando el monoteísmo en Israel no podía admitir, ni siquiera pensar, que Dios tuviera un Hijo igual a Él.

Dios es Padre de Jesucristo y lo es también de nosotros, pero de manera totalmente distinta; esto lo dejó muy claro Jesucristo al distinguir y casi contraponer su filiación a la nuestra, pues dice: "Mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios" (Jn 20,17). Nunca dice "nuestro Padre" y "nuestro Dios".

Esta diferencia de filiación aparece con claridad en el original griego. Él es siempre "uios Zeou" (Mt 4,3; Jn 1,34) y nosotros somos "*tekna Zeou*" (Jn 1,12; Rom 8,16).

3.- El Padre del misterio

¿Qué es lo que podemos decir, qué es lo que sabemos de Dios? Sabemos mucho y no sabemos nada. Cristo nos habló de él, nos contó cosas acerca de su ser y de su obrar. Nos descubrió el misterio de su paternidad. La Sagrada Escritura también nos dice muchas cosas y nos refiere sus intervenciones en la historia humana. A pesar de todo, Dios sigue siendo un misterio insondable, porque es el inaccesible, el inabarcable, el totalmente otro.

No es posible comprenderle, tener un conocimiento pleno y objetivo de lo que es. Los teólogos, partiendo de los datos revelados, intentan profundizar en su esencia y en su vida, aproximarse a lo que en realidad es, pero siempre será una aproximación muy remota. En tantos y tantos casos se trata, sin duda, de puras elucubraciones. Sólo nos aproximaremos a él cuando le veamos iluminados con su propia luz, cuando nos acoja definitivamente en su seno y sintamos el latir de su

³¹ Mt 5,16.45; 6,1.8; 14.15.26; 7,11; 10,20.29; 18,14

³² 8,42; 20, 17

divinidad que nos diviniza para siempre. Mientras tanto, habrá que conformarse con los datos tenebrosos de la fe.

Sabemos que envió a su propio Hijo para salvar al mundo. Pero también la salvación sigue siendo un misterio. Del más allá prácticamente no sabemos nada. Tampoco sabemos nada, o casi nada, sobre el último día (Mt 24,36), sobre la predestinación de los elegidos (Rom 8,29-30; 1Cor 2,7; Ef 1,11), sobre los puestos de honor reservados para sus preferidos (Mt 20,23). Todo eso lo sabe únicamente él. A nosotros sólo nos cabe aceptar el misterio.

4.- El Padre invisible

Dios es invisible. Otra razón para que sepamos tan poco de él. Nadie le ha visto, ni le puede ver. Las visiones de Moisés (Ex 33,11) y de Isaías (Is 6,1), no eran visiones directas de Dios. Dios se les apareció a través de una imagen o de su propia gloria (Jn 12,41).

La trascendencia de Dios en el Antiguo Testamento estaba tan acentuada, que se rehuía la visión de Dios como inminente peligro de muerte (Ex 33,19). Esa invisibilidad pertenece también al mensaje cristiano:

"Nadie ha visto al Padre. Sólo ha visto al Padre el que procede de Dios" (Jn 6,46)

Sólo él, Jesucristo, que está en el seno del Padre, le ha visto y nos le ha revelado (Jn 1,18). Es verdad que el que ha visto al Hijo ha visto al Padre (Jn 14,19), pero esta visión pertenece a los ámbitos de la fe.

Al Padre no podemos verle. Y sin embargo, está dentro de nosotros mismos. Pero tampoco en nuestro interior podemos verle. A pesar de todo sí podemos verle. Lo tenemos que ver en sus hijos que son nuestros hermanos y de manera especial en los más pobres, en los hambrientos, en los enfermos, en los

emigrantes, en todos los excluidos y marginados como hay en el mundo, porque ellos son los auténticos vicarios del Padre y del Hijo, nuestro hermano mayor.

5.- El Padre celestial

Esta es una advocación propia de Mateo que la emplea veinte veces. Unas como "mi Padre celestial"³³, otras como "vuestro Padre celestial"³⁴ y otras como "Padre nuestro que estás en los cielos"³⁵. Pero no es original de Mateo, pues aparece una vez en Marcos (11,25) y otra en Lucas (11,13). No vuelve a aparecer en todo el Nuevo Testamento.

La expresión "Padre celestial", que equivale a "Padre que está en el cielo o en los cielos", se usó por primera vez en el judaísmo del s. I a.C. Los evangelios la emplean en la catequesis, en la oración y en la liturgia. Quizá el origen de la expresión sea la oración del "Padre Nuestro" (Mt 6,9).

Dios es un Padre que habita más allá del cielo estrellado, en lo más alto del cielo. El cielo es su trono, su morada regia (Mt 5,34; 23,22), desde donde lo trasciende y lo gobierna todo (Is 55,9). Se trata de un lenguaje metafórico que designa la excelsitud divina, la augusta majestad de Dios. El cielo es un lugar muy distante que nos habla de la lejanía inalcanzable por el hombre.

La fórmula asocia dos ideas contrapuestas: el infinitamente distante, el más lejano, al hacerse nuestro Padre, se ha hecho el más cercano y el más íntimo.

6.- El Padre de las luces

"Todo don excelente y todo don perfecto viene de lo alto,

³³ Mt 7,21; 10,32.33; 12,50; 15,13; 16,17; 18,10.19.35

³⁴ Mt 5,16.45.48; 6,11.14.26.32; 7,11; 18,14; 23,9

³⁵ Mt 6,9

del Padre de las luces, en el que no hay cambio, ni sombra de variación" (Sant 1,17).

Dios es el padre de los astros que adornan el firmamento y de las grandes luminarias que iluminan la tierra (Gn 1,14-15). Las innumerables estrellas del universo son pálidos reflejos de la luz infinita de su ser.

San Juan nos dio una bellísima definición poética de Dios: "Dios es luz...está en la luz" (Jn 1,5.7). Esta definición, por una parte implica una idea soteriológica en la voluntad de Dios, y, por otra, requiere en el hombre una atención moral a sus actos humanos, pues le exige que se deje iluminar por él.

El Dios del Antiguo Testamento es el "Dios de la luz" (Ex 19,9), se aparece como una luz cegadora (Ex 3,2-6), como llama de fuego (Is 4,5). Dios es la luz, porque es el único santo, (Is 6,3; Si 18,2), la fuente de toda santidad y porque en él no hay doblez alguna, es la lealtad misma.

Jesucristo, el Logos, es también luz, la luz recibida del Padre, para iluminar a los hombres, (Jn 1,9). Ha venido para ser la luz del mundo (Jn 12,46), para iluminar el camino que conduce hacia el Padre, para que "andemos en la luz (1 Jn 1,17) y no nos perdamos en la oscuridad de las tinieblas (Jn 8,12) .

Sin luz, no hay vida. La vida es la luz (Jn 1,4) y el camino de la luz es el amor: "El que ama a su hermano está en la luz" (1Jn 2,10), tiene "la luz de la vida" (Jn 8,12), está en la verdad, está en Dios (Jn 3,21). No estar en la luz, es estar en las tinieblas, no haber entrado en el camino de la vida eterna, andar desquiciado "sin saber a dónde va" (Jn 12,35). Significa haber rechazado la luz. Y el pecado contra la luz es el peor de todos, pues es un pecado radical, la ceguera espiritual del que camina en la noche dando tropezones (Jn 11,1) hundido en las tinieblas, perdido en el mundo del Maligno.

7.- El Padre de la gloria

He aquí otra definición de Dios: "El Padre de la gloria" (Ef 1,17), el Padre glorioso y el Padre glorificador.

El significado de la palabra "gloria" es el mismo que el Antiguo Testamento da a la palabra *kabod*. La idea fundamental que encierra es la de peso, gravedad, carga. Todo lo que es pesado y fuerte inspira respeto y honor (Ex 28,2; Núm. 24,11), el honor objetivo, la capacidad de infundir respeto, y el honor subjetivo, el sentimiento experimentado ante la presencia de Dios que, al manifestar su gloria, quiere que se le rinda homenaje (Sal 29,1; Is 42,8).

Lo que está cargado de fuerza tiene un gran poder. Por eso la gloria *-la kabod-* es, a veces, una manifestación de poder (Ex 14,4; Sal 63,3; Si 17,3). La gloria de Dios es Dios mismo manifestado. Dios manifestó su gracia a través de la creación (Sal 19,21), a través de un fenómeno cósmico (Ex 14,17; Dt 15,18-21) y de manera singular en el Arca de la Alianza, "el trono de la gloria" (Jer 14,21), del Tabernáculo (Ex 40,34) y del Templo (1 Re 8,11).

La gloria de Dios lo sacraliza todo: el Tabernáculo (Ex 29,43), el Templo (1 Re 8,10), las personas (Ex 34,29), los objetos (Ex 28,2.40), todo lo que se relaciona con ella. Es la santidad manifestada y santificadora. La gloria de Dios se hace sensible a través de la luz, es la luz y la divinidad al mismo tiempo, la divinidad envuelta en luz.

Jesucristo es el nuevo templo, morada permanente de la gloria de Dios. El Padre le ha llenado de gloria, le ha glorificado. Es la gloria del Padre, irradia su divinidad, en su calidad de "unigénito" lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14). En el juicio escatológico, "vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles" (Mt 16,27), la gloria que comparte con el Padre.

El Padre ha glorificado a Jesucristo por el testimonio que ha dado de él, declarándole su Hijo (Jn 5,36; Mt 3,17; Lc 9,35);

por el poder que le ha conferido para realizar milagros (Jn 5,36); por haberle resucitado de entre los muertos (Rom 6,4). Jesucristo, a su vez, ha glorificado al Padre, ha manifestado su divinidad con sus palabras y con sus obras y, de manera especial, entregándose a la muerte para cumplir su voluntad. Esta mutua glorificación es la declaración que cada uno hace sobre la divinidad del otro: "Padre, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti" (Jn 17,1).

Los hombres tenemos también obligación de glorificar al Padre y al Hijo. Y lo hacemos así:

1) Reconociendo y confesando públicamente su divinidad: "Toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (Flp 2,11). Y esto hay que hacerlo comunitariamente: "Con un solo corazón y todos a una podéis dar gloria a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo" (Rom 15,16). Lo hacemos en plural: "A Dios, Padre nuestro, la gloria por los siglos de los siglos" (Flp 4,20).

2) Demostrándoles nuestro agradecimiento por habernos hecho partícipes de su misma gloria: "Dando gracias a Dios que os ha hecho capaces de participar en la herencia de su pueblo en la gloria" (Col 1,12). Gracias a la bondad de Dios, los fieles participan de la gloria en el reino mesiánico. El cristiano tiene que estar espiritualmente arrodillado, en constante acción de gracias al Padre (Ef 5,20), del que toma su nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef 3,14). "Todo lo que hagáis o digáis, hacedlo dando gracias a Dios por medio de Jesucristo" (Col 3,17).

3) Alabándole, honrándole, adorándole. La primera obligación del hombre es amar y alabar a Dios, pues para eso ha sido creado. Los salmos constituyen un rosario de invitaciones a bendecir, alabar y glorificar a Dios: "Alabad al Señor., dad gracias al Señor., tocad en su honor., cantadle un cantar nuevo" (Sal 33,1-3). "Te ensalzaré, rey mío y Dios mío., todos los días te bendeciré, alabaré tu nombre por

siempre jamás" (Sal 145,1-2)

4) A Dios Padre se le honra, sobre todo, haciendo obras buenas: "Brille vuestra luz delante de los hombres de tal modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5,16). Sólo si damos frutos, si somos discípulos auténticos de Jesucristo y cumplimos sus preceptos, glorificamos de verdad a Dios. Si todo se queda en palabras, aunque esas palabras sean de la más fervorosa y sublime alabanza a Dios, no hemos hecho nada: "Mi Padre es glorificado si dais mucho fruto y sois discípulos míos". Si así lo hacemos, el Padre nos glorificará a nosotros, nos hará partícipes de su misma gloria (Jn 12,26). "No todo el que dice: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de Dios, sino el que cumple la voluntad de mi Padre celestial" (Mt 7, 21). Estas buenas obras, que el Padre quiere, Santiago las concreta así: "La práctica religiosa, pura y sin mancha, delante de Dios nuestro Padre, consiste en. visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones" (Sant 1,27). Porque es el Padre de todos, pero de manera singular lo es de los más necesitados, de los que más sufren.

8.- Padre todopoderoso

Así se presenta a los patriarcas: "Yo soy el Dios todopoderoso" (Gn 35,11; Ex 6,3) .

El Credo le proclama "todopoderoso" y "creador". Es el todopoderoso "en el cielo y en la tierra" (Sal 135,6), porque es el "creador" (Gn 1,1; Jn 1,3). Tiene un poder paternal sobre todo lo que existe, porque es omnipotente y porque es padre:

"Yo será para vosotros Padre y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso" (2 Cor 6,18) .

Es el "Señor del cielo y de la tierra" (Lc 10,21), "el Señor de los ejércitos" (Sal 59,4), el "héroe, el poderoso" (Sal 24,8) que

tiene a sus órdenes inmensas "legiones de ángeles" (Mt 26,53). Es todopoderoso, porque es amor y el amor lo puede todo. No hay poder más grande que el amor.

Todo le está sometido y puede hacer todo cuanto quiera. Y lo que él más quiere es que todos los hombres se salven, cosa que puede hacer él directamente. Y sin embargo, nos ha hecho partícipes de su poder omnímodo, para que, mediante nuestra cooperación, esa salvación sea una realidad y se lleve a cabo su proyecto de ser todo en todas las cosas (1 Cor 15,28) .

9.- El Padre de todo y de todos

"Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo" (Jn 1,3). Dos frases unidas por la conjunción copulativa en paralelismo antitético, en el que la segunda frase repite, de manera negativa, la idea anterior. Todo lo hace el Padre por el Hijo:

"Para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, del que proceden todas las cosas y por el que hemos sido creados" (1 Cor 8,6).

Dios lo ha creado todo y lo sigue recreando y vivificando: "Todo lo que ha sido hecho es vida en él" (Jn 1,4). Sin su asistencia vivificante, todo volvería a la nada. El Padre es el origen y la fuente constante de la vida. En el orden físico todo salió de su Palabra creadora y todo está sostenido por sus manos paternas. Y eso mismo ocurre en el orden espiritual. El reino, su instalación en el mundo, su desarrollo misterioso, los tiempos, las circunstancias, todo está en sus manos (He 1,7).

Jesucristo es la salvación del mundo, pero nadie puede ir a él, si el Padre no lo guía y lo lleva (Jn 6,44-45). La acción eficaz de Dios es imprescindible para que el hombre pueda salvarse. Para entrar en los espacios de lo sobrenatural nos tiene que abrir las puertas él y adentrarnos agarrados de su mano.

"Por qué llamamos Padre a Dios? Primero, porque nos crió.. después, porque nos conserva.., tercero, porque nos redimió .., cuarto, porque por la gracia nos regeneró" (L. Maldonado)

El es el Padre universal, "el Padre de todos, que está sobre todos y en todos" (Ef 4,6). Su paternidad se extiende sobre todos los seres humanos, sean cuales sean, sin distinción de raza, de sexo o de religión. Un padre no ama sólo a los hijos buenos y obedientes, ama también a los traviesos y a los díscolos.

El es nuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos" (Mt 5,45). Que nadie se crea más amado por él, o más hijo de él, pues Dios no hace acepción de personas (Lc 20,21; Gal 2,6). Que ningún grupo, que ninguna confesión religiosa se crea en posesión absoluta de la verdad, como si tuviera acaparado al mismo Dios, con exclusión de los demás olvidados, cuando no rechazados, por El. Porque eso es una herejía, minimizar a Dios, hacer de él una caricatura. En el corazón de Dios cabe todo el mundo.

10.- Padre Santo

Así lo llamó Jesucristo: "Padre Santo" (Jn 17,11). Es, además, el único Padre Santo, con mayúscula. Todos los demás somos padres pecadores.

Los cuatro vivientes del Apocalipsis no dejan de clamar de día y de noche:

"Santo, santo, santo es el Señor, Dios, omnipotente" (Ap 4,8).

Es el mismo grito que los serafines se dirigen unos a otros ante el trono de Dios:

"Santo, santo, santo, Señor todopoderoso, la tierra toda está llena de su gloria" (Is 6,3).

Dios es el tres veces santo, es decir, el santísimo. Es santo y santificador, irradia santidad, imanta de santidad a todo y a todos los que con él se relacionan. El pueblo, al ser propiedad suya, es, debe ser, "un pueblo santo" (Ex 22,30):

"Vosotros debéis ser santos; porque yo soy santo" (Lev 11,44)

Si el padre es santo, los hijos también deben serlo (Lev 19,2). La Iglesia debe ser la esposa "santa y perfecta" (Ef 5,27) y sus miembros "santos e irreprochables" (Ef 1,4), a título de hijos del Dios santo (Lc 20,56). Pero la fuente de la santidad es él, el único que puede "santificarnos plenamente en todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo" (1 Tes 5,3) .

En el Padre Nuestro le pedimos que se santifique en nosotros, es decir, que nos haga partícipes de su santidad.

Los primeros cristianos eran llamados "los santos" (He 9,13.32; Rom 15,31), porque estaban llamados a serlo (1Cor 1,2) y porque respondieron a esta llamada. Todos estamos llamados a la santidad. La alcanzaremos con la ayuda de Dios y con el cumplimiento de la voluntad de Dios:

“Santos son los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Ap 14,12)

11.- Padre Justo

Así le llamó también Jesucristo: "Padre Justo" (Jn 17,25), y así le definió Jeremías: "Yavé, justicia nuestra" (Jer 23,6). El es el único justo. No hay ni un solo justo entre todos los mortales. He aquí la inquisitoria que lanzaba Jeremías:

"Recorred las calles de Jerusalén, mirad e informaos, buscad por sus plazas a ver si encontráis a un hombre, uno solo que practique la justicia" (Jer 5,1).

Un siglo antes ya el profeta Miqueas había constatado lo mismo:

"Los fieles han desaparecido de la tierra, ni un justo queda entre los humanos" (Miq 7,2)

El Dios de la Biblia es el Señor de la justicia (Tob 13,7), la sede de la justicia (Jer 2,7); el cimiento y las bases de su trono son el derecho y la justicia (Sal 89,15; Is 28,17). Su justicia es eterna, inabarcable, alta como los montes altos como las altas nubes, y profunda como el abismo insondable (Sal 36,6-7). Sus caminos son la justicia misma (Sal 11,7; 33,5), sus obras son justicia pura (Jue 5,11; Sal 103,6), todo lo gobierna con justicia (Sab 12,5), sus juicios son todos justos por igual (Sal 19,10; Sof 3,5). "Juzga imparcialmente a cada uno según sus obras" (1Pe 1,17. Es un juez que, a la vez, es padre y, por tanto, juzga con amor, pues el amor es la cima de la justicia.

Los planes de Dios sobre los hombres se concretan en establecer la justicia y el derecho como norma de convivencia. Cumplir la justicia es practicar la verdad, la bondad, la misericordia, la magnanimidad y el amor, es estar en Dios que es la justicia, la verdad, la bondad, la misericordia y el amor.

En última instancia, la justicia es la salvación, la liberación, del que está en peligro. Hacer justicia a uno es salvarle, declararle justo. La Justicia es siempre un bien salvífico. Hacer justicia es defender la causa de los desdichados (Sal 140,13) de las viudas y de los huérfanos (Is 1,17), del desvalido y del pobre (Jer 22,16), no lesionar los derechos del extranjero (Dt 24,17), no hacer violencia ni derramar sangre inocente (Jer 22,3), no oprimir a nadie (Job 37,23), liberar a los oprimidos de las manos de los explotadores (Jer 21,12), decir la verdad en

los Juicios (Prov 12,17), practicar la generosidad, repartir los bienes (Prov 21,26; 2 Cor 9,9), partir el pan con el hambriento, vestir al desnudo, albergar a los que no tienen cobijo (Is 58,7; Ez 18,17).

He aquí la primera y más fundamental obligación del hombre con sus semejantes: practicar la justicia (Dt 6,25; 16,20; Zac 8,16). En esto, y no en otra cosa, consiste la conversión, el conocimiento de Dios, la santidad:

"Conviértete a Dios,
practica la lealtad y la justicia" (Os 12,7).

"Convertíos, pecadores,
practicad la Justicia" (Tob 13,8).

"Se te ha hecho saber, oh hombre, lo que es bueno,
lo que el Señor pide de ti:
no otra cosa que cumplir la justicia, amar la caridad,
y caminar humildemente con tu Dios" (Miq 6,8).

Esta es la religión verdadera, el holocausto grato al Señor, nuestro Padre.

12.- El Padre salvador

Así lo proclamó el Segundo Isaías en uno de sus poemas más brillantes y profundos: "Yo soy tu salvador" (Is 43,3).

Dios fue el salvador y liberador de la esclavitud de Babilonia, como lo fue otrora de Egipto. Los israelitas deben confiar en él, no vacilar en la fe. De hecho, si durante el exilio babilónico, Israel no fue barrido del mapa del mundo, se debió a su tenacidad en la fe.

El Tercer Isaías anuncia la salvación universal y de una manera especial de los humildes, la gente sencilla. Así justamente lo entendió la Virgen: "Mi espíritu se regocija en Dios mi salvador" (Lc 1,47) y así lo entendió Zacarías, pero ya

referido a Jesucristo, poderoso salvador (Lc 1,69), pues el Padre ha puesto su poder de salvación en las manos de su hijo: "Nos ha nacido un salvador, Cristo, el Señor" (Lc 2,11).

Jesucristo es, en efecto, "el salvador del mundo" (Jn 4,42) y de manera singular lo es de la Iglesia (Ef 5,23). El Padre envió a su Hijo al mundo para salvar al mundo:

“Nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado a su Hijo, el Salvador del mundo" (1 Jn 4,14). "Dios, nuestro salvador, al manifestar su bondad y su amor por bondad a los hombres, nos ha salvado por puro amor" (Tit 3,4-5).

Por tanto, estamos y nos sentimos salvados: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (Jn 14,2), hay sitio para todos. El cielo tiene una cavidad infinita. Pero para entrar en él hay que recorrer el camino que recorrió Jesucristo, el camino de la cruz. *Per crucem ad lucem*.

El que haya muchas moradas no significa necesariamente que hay diferentes grados de gloria, pues los evangelios no hablan nunca de una gloria o de una salvación desigual, aunque muchos Santos Padres, a partir de San Ireneo, lo interpretan de diversas graduaciones en la gloria. La parábola de los obreros enviados a la viña (Mt 20,1-16) parece indicar que en cielo habrá la misma retribución para todos, tanto para los que estuvieron trabajando todo el día, como para los que estuvieron sólo una hora. El escándalo de los primeros, porque reciben el mismo salario que los últimos, es propio de los fariseos y de cuantos, por haber sido fieles practicantes durante toda su vida, no pueden aguantar que su recompensa sea la misma que la de los demás. Ellos se creen con más derechos. ¿Quién puede hablar de derechos ante Dios?

13.- El Padre del amor

Pablo llama a Dios "el Dios del amor" (2 Cor 13,11). San

Juan dice que "Dios es amor" (1 Jn 4,8) y que "el amor es de Dios" (1 Jn 4,7). Dios es amor, tanto en su ser, como en su obrar. Jesucristo es el amado del Padre, objeto de sus complacencias (Lc 3,22).

Nos ha demostrado su amor entregando a su Hijo por todos nosotros (Rom 5,21; Ef 5,2). Jesucristo en la cruz es la expresión trágica y sublime del amor de Dios a los hombres (1 Cor 1,30; 2,1-7). El Padre nos ama en Cristo (Rom 8,39; Gal 2,20), el cual amó tanto a su Iglesia, que se entregó a sí mismo por ella" (Ef 5,25). Por ella y por cada uno de nosotros: "Cristo me amó y se entregó a sí mismo por mí " (Gal 2,20)

El cristiano cree en el amor (1 Jn 4,16). Como hijo de Dios, es, de alguna manera, la encarnación del amor de Dios. De hecho la distintiva de que somos de Dios es el amor (Jn 13,35). "El que está en el amor está en Dios y Dios en él" (1 Jn 4,16). Y si no tiene amor, está alejado de Dios, aunque sea muy fervoroso y perfecto cumplidor de las prácticas religiosas. Un cristiano, sin amor, es una contradicción en sus términos. Para un cristiano existir es amar.

"La fe actúa por el amor" (Gal 5,6), se manifiesta en el amor y el amor da la vida a la fe. Sin fe, no hay vida, y, sin amor operativo, la fe se muere. Sólo desde el amor se alcanza el "conocimiento perfecto del misterio de Dios" (Col 2,2). El hombre es amado por Dios y, con ese mismo amor, ama a Dios que es su Padre (Rom 8,15), se siente amado (Rom 8,37) y se convierte en amante (Gal 5,6; 1 Tes 3,6).

Pero el amor a Dios se realiza en el amor al prójimo. Con el mismo amor se ama a Dios en el prójimo y al prójimo en Dios. El doble mandamiento que resume la ley y los profetas, amor a Dios y al prójimo (Mt 22,34-40), San Pablo lo reduce a uno solo, al segundo, amar al prójimo (Gal 5,14). Porque a Dios no le vemos directamente. Tenemos que verlo en nuestros hermanos, a los que hay que amar con un amor operativo, pues sin el amor práctico al prójimo, no existe el amor a Dios; será

un amor puramente teórico, sin fundamento en la realidad de las cosas.

14- Padre perdonador

Así lo constata el salmista, al referirse a la actitud de Dios con su pueblo: "Tú, Señor, eres bueno y perdonador" (Sal 86,5). "Fuiste con ellos un Dios perdonador, aunque castigabas sus delitos" (Sal 99,8).

Perdonó una y otra vez la rebelión del pueblo (Núm. 14,19), "en vez de destruirlos, perdonaba sus faltas" (Sal 78,38) "y cancelaba sus delitos" (85,2). Perdonaba y ofrecía el perdón:

"Les perdonaré todos sus crímenes con los que me ofendieron y me despreciaron" (Jer 33,8).

Lo propio de Dios, nuestro Padre, es perdonar (Dan 9,9). La historia sagrada está sembrada de infidelidades y de perdones, es la historia del pecado y del perdón. Dios perdona siempre, aunque, a veces, lo haga después de castigar. Esta constante de perdones la expresa así Jeremías en el anuncio de la Alianza Nueva:

"Perdonaré sus crímenes y no me acordaré más de sus pecados" (Jer 31,34) .

Perdonar y olvidar, pues, si no se olvida, no hay perdón y si lo hay, es un perdón a medias, no como el que Dios nos concede a los mortales, todos, al fin, pecadores.

Dios es el poder hecho perdón. Lo perdona todo, porque es omnipotente, pues el poder absoluto y el castigo implacable son incompatibles (Sab 12,15):

"Tú tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes y pasas por alto los pecados de los hombres para llevarlos al arrepentimiento. Tú perdonas todo, porque todo es tuyo" (Sab 11,23-26).

Dios no limita nunca su perdón. Lo perdona todo (Sal 103,3). El Nuevo Testamento es la culminación del perdón de Dios. El heraldo de la Nueva Noticia predica "un bautismo para la conversión y el perdón de los pecados". Jesucristo vino a liberarnos del pecado (Mt 1,4), perdona (Mt 9,5) y manda perdonar (Jn 20,23). El perdón, junto con el amor, es el corazón del evangelio.

Él nos perdona, pero su perdón no surte efecto en nosotros, si nosotros no perdonamos. Esto está muy claro en la parábola del criado perdonado y no perdonador (Mt 18,23-35). La medida de nuestro perdón es el perdón de Dios. Hay que perdonar siempre, todo y a todos. El perdón produce amor. A más pecado, más perdón, y a más perdón, más amor (Lc 7,36-49).

15.- Padre de las misericordias

Dios es "el padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo" (2 Cor 1,3). Decir "Dios" es decir "Padre" y decir "Padre" es decir "Misericordia". Así se presenta él:

"Yo soy misericordioso y no estaré airado eternamente (Jer 3,12)

Y así lo comprobó y lo confesó Israel constantemente:

*El Señor es misericordioso y compasivo
paciente y lleno de amor y de lealtad" (Sal 86,15)
El Señor es paciente y todo amor" (Sal 103,8).*

Demuestra su misericordia a mil generaciones, a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los espacios

(Ex 20,6). Es tardo para la ira y rico en misericordia, perdona la iniquidad, la infidelidad y el pecado, aunque esto no significa que deje impune la maldad del hombre (Ex 34,6-7).

Esta era la alabanza, ordenada por David a los levitas y a los sacerdotes en el servicio litúrgico delante del Arca de la Alianza:

*Dad gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterna su misericordia (1 Cron 16,34).*

Los caminos de Dios están marcados por su misericordia (Sal 25,10), una línea constante y continua, (Sal 52,3) que debe seguir el hombre confiado en su amor misericordioso (Sal 13,22), más alto (Sal 57,10) y más grande que los cielos (Sal 108,4), pues existe desde la eternidad (Sal 103,17) y durará para siempre (2 Cron 7,3; Sal 136), de generación en generación (Lc 1,50).

Una misericordia que está de antemano asegurada, como lo reveló Jesús en la parábola del hijo pródigo, la perla de todas las parábolas y una de las páginas más bellas de la literatura universal. El Padre, que es Dios, ve al hijo desde lejos, al que cada día salía a esperar. Salió a su encuentro en señal del perdón anticipado. Se compadeció y se enterneció de misericordia. Lo abrazó y lo besó, como signo de su benignidad. Se le echa al cuello para quitarle el yugo de la esclavitud, su corazón dio un salto de alegría y le puso el vestido más precioso. Hizo una fiesta y celebró un banquete. Porque había vuelto su hijo. Lo había perdido y lo había recuperado. Así es Dios frente a los pecadores, lo contrario de lo que, a veces, somos los hombres, como el hermano mayor que, con el corazón endurecido, es incapaz de perdonar y acoger a su hermano, al que ni siquiera llama hermano. Este es el retrato de los que están siempre en la casa del padre, los buenos cristianos que cada día van a rezar a la Casa de Dios y tienen el corazón endurecido, no ya para acoger a los

extraviados pecadores, pero ni siquiera para perdonarlos. Haría falta en la parábola otro hijo que, aunque no estuviera siempre en la casa del padre, acogiera con alegría y con cariño a su hermano.

Si Dios no fuera misericordioso ¿quién podría salvarse? El hombre, abandonado a sus propias fuerzas, necesariamente peca. La salvación, además, no se obtiene por las obras, sino por la fe, aunque esa fe tenga que ir acompañada de obras de amor operativo. Pero al final sólo salva la misericordia de Dios. Una misericordia que Dios ejercerá sobre los misericordiosos:

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mt 5,7). "Habrá un juicio sin misericordia para el que no tuvo misericordia; pero, la misericordia triunfa sobre el juicio" (Sant 2,13).

El ideal de santidad, inalcanzable, por supuesto, para el hombre, es Dios:

"Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto" (5,48).

Este ideal de perfección Lucas lo concreta en la misericordia:

"Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso" (Lc 6,36) .

Donde Mateo dice "perfectos", Lucas dice "misericordiosos", lo que significa que la perfección está en el amor misericordioso y no en otra cosa. Dios es justamente amor y misericordia.

16.- Padre providente

Dios lo creó todo y, con su divina providencia, lo sigue

recreando, manteniéndolo en la existencia. Esto supone que está en continua jornada de trabajo (Jn 5,17), sin descansar nunca. La Biblia dice que Dios terminó la maravilla de la creación en seis días. Pero a partir del séptimo día comenzó una obra más maravillosa todavía, la de llevar a la creación a su descanso, al equilibrio perfecto en el concierto de todas las criaturas, celestes y terrestres.

Dios cuida especialmente del hombre, al que ha hecho rey de la creación y lo ha dotado de todos los poderes para que lo sea, para que la domine y la conduzca a su pleno desarrollo, pero no para que la destruya.

El hombre, además, debe tener fe en Dios, fiarse de él y no afanarse y angustiarse por el mañana, pues ahí están las aves del cielo que no siembran ni cosechan, y, sin embargo, Dios las alimenta. Y ahí están los lirios del campo a los que Dios reviste de tanta hermosura. Pues si Dios hace eso con las aves y con los lirios, ¿qué no hará por el hombre? ¿A qué viene tanta preocupación por la comida, la bebida y el vestido? De todas esas cosas se preocupan y se afanan los que no tienen fe: "Vuestro Padre celestial ya sabe que lo necesitáis" (Mt 6,32).

Dios Padre cuida tanto de nosotros que no hace falta que le pidamos esas cosas, pues Él se adelanta a nuestras necesidades: "Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo" (Mt 6,8). ¿A qué vienen tantas inquietudes y tantos agobios por la vida, cuando todo depende radicalmente de Dios? El hombre no puede aumentar su estatura ni un milímetro, ni alargar su vida un segundo, sin que Dios lo disponga (Mt 6,27).

Todo está en sus manos. El es la causa última de todas las cosas, hasta de las más pequeñas: "Ni un pajarillo cae en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre" (Mt 10,29). "Y en cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados" (Mt 10,30). Todo esto quiere decir que el hombre debe fiarse plenamente de Dios, del que depende de manera absoluta. Ponerlo todo en sus manos, su vida y su destino,

dejarse llevar por él, acatar gustosamente lo que él quiera ponerle en el camino, ver su presencia en todos los acontecimientos que le afectan, pues, por encima de su libertad, está el poder y el amor del Padre, en el cual estamos y vivimos y sin el cual no es posible hacer nada.

Pero, ¿cómo se compagina todo esto con la inmensa multitud que nos confesamos creyentes y que sólo estamos pensando en asegurar nuestra vida tratando de amontonar riquezas y poder para que no nos falte nada, olvidándonos de aquellos a los que les falta todo? Creo que el talante y el estilo de vida de cuantos llenamos cada domingo las Iglesias es incompatible con esta sublime doctrina que es y significa el alma del evangelio de Jesús.

17.- El Padre de la paz

La paz bíblica es el bienestar total, la suma de todos los bienes deseables. La paz plena es la paz escatológica de la que ya gozan las almas de los justos (Sab 3,1-3). Por eso a los que se mueren, los despedimos diciendo "DESCANSE EN PAZ". Eso es el cielo, eso es Dios. Una definición de Dios que San Pablo nos da reiteradamente: "El Dios de la paz" (Rom 16,20; 1 Cor 14,33; Flp 4,9), "el señor de la paz" (2 Tes 3,14), el padre de la paz, la paz misma. Descansar en paz, meta final de todos los mortales, es descansar en Él, estar ya para siempre con Él (1 Tes 4,17).

Isaías anuncia al Mesías futuro como "Dios potente, Padre eterno, Príncipe de la paz" (Is 9,5) y como instaurador de "una paz sin fin" (Is 9,6), "él mismo será la paz" (Miq 5,4). Ezequiel anuncia para los tiempos mesiánicos "una alianza de paz" (Ez 34,25).

Jesucristo "es nuestra paz" (Ef 2,14), "hizo la paz" (2,15), "anunció la paz a los que estaban lejos y a los que estaban

cerca" (2,17; Is 57,19). Su venida fue anunciada por los ángeles como un mensaje de paz (Lc 2,14). Con su muerte hizo la reconciliación, la paz con Dios y la paz con los demás. Después de su resurrección saludaba siempre con el saludo de la paz (Jn 20,19.21.26). Y antes de irse Junto al Padre, nos dejó la paz, nos dio su paz (Jn 14,27). Una paz que al mismo tiempo tenemos que construir los hombres. Así nos lo dijo él:

*"Bienaventurados los que trabajan por la paz" (Mt 5,9).
"Vivid en paz unos con otros" (Mc 9,50).*

Y así nos lo recuerda San Pablo:

*"Vivid en armonía y en paz, y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros" (2 Cor 3,11).
"En cuanto de vosotros dependa haced todo lo posible para vivir en paz con todos" (Rom 12,18).*

San Pablo encabeza todas sus cartas con estas palabras: "Os deseo la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre" (Rom 1,7; 1Cor 1,3). Este era el saludo habitual en las primitivas comunidades cristianas, lo que indica que los primeros cristianos tenían clara conciencia de que Dios era, por encima de todo, Padre y que todos constituían una familia, cuyo deber primordial era vivir en paz unos con otros.

El hombre y la mujer se han hecho para la paz. Las malquerencias, los odios, las rencillas, las peleas estúpidas, los genocidios, los asesinatos, las guerras no tienen sentido, constituyen y son la antítesis del evangelio de la paz. Las guerras no tienen justificación alguna, pues son obra del Diablo. Y las guerras santas son las más satánicas de todas, son guerras sacrílegas, pues en nombre de Dios, no se puede hacer la guerra a nadie, no se puede matar. Decir que una guerra es una santa cruzada, es una pura blasfemia. La cruz no es para dar mandobles, sino para dejarse clavar en ella. Como hizo

Jesucristo. Antes de matar, hay que dejarse matar. La muerte, ni para los que matan.

18.- Padre de los pobres

El padre, que lo es de todos sus hijos, lo es más de los que más lo necesitan. Los que más necesitan a Dios son los pobres. Por eso, Dios es más padre de los pobres.

Pobre es el odiado y despreciado (Prov 14,20) con el que Dios se identifica (Prov 17,5; 13,23). Pobre es el desgraciado y mísero, torturado por los violentos, pero al que Dios protege (Job 5,16) y es su refugio en su angustia (Is 25,4). El pobre es tan grande ante Dios, que el que le oprime, le engrandece (Prov 22,10).

Pobre es el miserable que no tiene apoyo alguno (Sal 72,12), un desdichado (Sal 86,1), para el que Dios es refugio en su angustia, abrigo contra el aguacero y sombra contra el calor (Is 25,4), su protector contra los malvados (Jer 20,13), su auxilio en el gemido lastimoso (Sal 12,6), su libertador ante los explotadores (Sal 35,10), el abogado que defiende su causa (Sal 109,13). Pobre es la víctima de los criminales (Sal 37,4), pero al que Dios siempre escucha (Sal 69,34), es su redentor (Sal 19,13).

Pobre es el afligido, el humillado, el necesitado de consuelo, que acude a Dios, el cual escucha su grito de socorro (Job 10,15; Sal 25,18). Los famosos "pobres de Yavé, "el pueblo humilde y pobre" (Sof 3,12), eran la parcela más querida de Dios, la niña de sus ojos (Sal 69,34) el retrato del Padre invisible del Antiguo Testamento que siente una infinita compasión por ellos.

"Los pobres son bienaventurados", los preferidos de Jesús, los primeros llamados a entrar en el Reino (Lc 4,18). Son bienaventurados, porque, con la venida de Jesús, ha sonado la hora de salir de su pobreza. Dios no quiere la pobreza

humillante. Quiere que los pobres sean dichosos ya en esta vida, que dejen de ser pobres; que los ricos les hagan partícipes de su riqueza para que haya igualdad.

Jesucristo nació y vivió como un pobre. Vivió la pobreza real y efectiva. Fue pobre y no quiso salir de la pobreza. Se identificó tanto con los pobres, que hizo de ellos un sacramento, un lugar teológico. "Tuve hambre y me disteis de comer" (Mt 25,35). Al final de su estancia en la tierra nos mandó que tuviéramos siempre a los pobres con nosotros (Jn 12,8).

Esta solidaridad con los pobres la expresa así Isaías:

*"Repartir el pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que veas desnudo
y no eludir al que es tu propia carne" (Is 58,7).*

Hacerlo así es practicar la verdadera religión, la acción caritativa, resumen del evangelio de Jesús.

19.- El Único Padre

"A nadie en la tierra llaméis Padre, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo" (Mt 23,9).

Jesucristo quiere que la palabra ABBA se la reservemos para Dios. Es tan sagrada que no puede emplearse en el lenguaje ordinario sin ton ni son y a la ligera. A nadie más se puede llamar padre y nadie se puede dejar llamar padre, pues eso supone apropiarse el nombre de Dios. Como él nos ha engendrado, reclama para sí el título de ABBA:

"Buen padre tenéis que os da el buen Jesús, no se conozca aquí otro padre" (Santa Teresa).

Los dirigentes de la Iglesia, de las comunidades cristianas

son eso, dirigentes. Si las gentes les llaman "Padres", (más bíblico sería llamarlos pastores o ministros (servidores), no es porque lo sean, sino para recordarles que deben comportarse como padres, como fieles y solícitos servidores de todos.

En la Iglesia, nadie debe pretender los títulos de "padre, señor, jefe o maestro", pues eso, de ordinario, es pura vanidad. Los títulos honoríficos no encajan bien en una Iglesia pobre y humilde en la que todos sus miembros tienen la misma dignidad, en la que los que mandan están para servir y en la que no tiene ningún sentido que haya "príncipes" y otros título por el estilo:

"El que de vosotros quiera ser el primero, que sea el servidor de todos" (Mt 20,27). "Y el más grande de vosotros que sea vuestro servidor" (23,11).

En todo caso, cuando Jesucristo dice a sus discípulos que no llamen padre a nadie, insiste en la humildad que deben tener, frente a la soberbia de los fariseos, engreídos de su autoridad doctrinal, por lo que se hacían llamar "Rabbi" o "Padre". Si ellos se hacen llamar Padre se están equiparando a los fariseos.

20.- El Padre de la esperanza

San Pablo llamó a Dios "el Dios de la esperanza" (Rom 15,13). "Es nuestro Padre, nos ha amado y nos ha dado una hermosa esperanza" (2 Tes 2,16).

El cristiano es un vacacionado a la esperanza (Ef 1,18; 4,4). La espera es la razón última de su vida: entrar a participar de la gloria de Dios Padre y de Jesucristo (Rom 5,2; 8,18).

Los constitutivos de la esperanza son la espera, la confianza y la paciencia. Dios, nuestro Padre, es "esperanza" y "confianza", como lo definió Jeremías (Jer 17,7). Y eso es el cristiano. Si no tiene confianza en Dios, su esperanza está muerta. Es un muerto espiritual.

La espera confiada es activa, viva y dinámica. Por una parte, mantiene al cristiano en tensión hacia la glorificación futura (Col 1, 24-28), y, por otra, le hace aguantar y soportar las tribulaciones (1 Tes 1,3; Rom 5,4-5).

La esperanza es perfecta cuando es cierta, segura y, confiada. Dios nos ha elegido, desde el principio, para la salvación (Rom 5,8-9). Y Dios es un Padre fiel, cumple lo que promete, no engaña, es la fidelidad misma (Tit 1,2). No falla nunca (Rom 4, 16; 15,18). Por tanto, nada hay más cierto que la vida eterna (Heb 10, 23; 6,18-19). Dios Padre "nos ha marcado con su sello, y ha puesto en nuestros corazones el Espíritu como prenda de salvación" (2 Cor 1, 22) y como garantía de nuestra herencia (Ef 1,13) en virtud de las arras donadas por el Espíritu. Tenemos la seguridad de que nuestra esperanza será cumplida. Porque esa la voluntad de nuestro Padre.

II.- EL PADRE Y EL HIJO

1.- El Unigénito

Dios padre sólo tiene un hijo natural y no puede tener más, pues en ese hijo se agota su poder generativo. Todo lo que es el Padre quedó volcado en el Hijo. Por eso el Hijo es "el resplandor de la gloria del Padre y la impronta de su ser" (Heb 1,3). "Resplandor" e "impronta" son dos metáforas que afirman su consubstancialidad con el Padre. La gloria del Padre es la misma naturaleza divina que resplandece en el Hijo, el cual es como el espejo que refleja a Dios, porque él mismo es Dios, es la "imagen de Dios" (2 Cor 4,4; Gal 1,15).

Sabemos que el Padre tiene un Hijo, porque así nos lo ha revelado el mismo Hijo hecho hombre, Jesucristo, el cual es "El Unigénito" *monogenes* (Jn 1,14), el "Dios Unigénito" – *monogenes Zeos*- (Jn 1,18), igual al Padre.

En Jesucristo se realiza, de manera plena, el sentido mesiánico del Salmo: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy" (Sal 2,7; Heb 1,5;5,5). Es, además, "el primogénito" – *protótókos*- de toda la creación y el preexistente antes de la creación, el eterno, pues desde toda la eternidad "está en el seno del Padre" (Jn 1,18). "Esto significa estar en el seno del Padre: serle conjuntísimo, íntimo; estar en el consejo secreto, y, para abarcarlo en una sola palabra, serle consubstancial" (L. Maldonado).

Es "el Hijo de Dios" (Rom 1,3), "el Hijo de sus amores" (Col 1,13), su predilecto (Mc 1,11;9,7).

Los teólogos dicen que el Padre engendra al Hijo por vía intelectual y por eso es "La Palabra" (Jn 1,1) y que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por vía volitiva y por eso es "El Amor" (Rom 15,30; Gal 5,22).

Jesús, a su doce años, en la misma casa de Dios, cuando la Virgen le dice: "Tu padre y yo te hemos estado buscando", les contesta: "¿No sabíais que yo tengo que ocuparme en los asuntos de mi Padre?" (Lc 2,48-49). Jesús contrapone un padre a otro Padre, es decir, llama a Dios su Padre y lo hace de manera enfática y firme, lo que parece indicar que tiene clara conciencia de su singular filiación divina, una filiación que proclama muchas veces en su vida pública (Cf Jn 6,16.50.51).

2.- Los idénticos y los inmanentes

El centro de gravitación de la cristología joánica descansa en la unidad del Padre y del Hijo. He aquí sólo unos textos: "Yo y el Padre somos uno" (Jn 10,30). Se dice "uno" *-hen-* en neutro, una sola cosa, lo que indica que entre el Padre y el Hijo hay una unidad perfecta. Tienen la misma naturaleza, los mismos conocimientos, los mismos querer. La unidad de todos los creyentes, fundamento primordial de la Iglesia, como testimonio evangelizador, tiene como paradigma y como ideal la unidad del Padre y del Hijo: "que sean uno, como nosotros somos uno" (Jn 17,11). La unidad divina es la fuente y el origen de la unidad cristiana.

Los dos son una misma cosa, iguales y distintos, con unidad de naturaleza y diversidad de personas. Como son idénticos, al conocer al Hijo, se está conociendo al Padre (Jn 14,7), y si ignoramos al Padre es porque también ignoramos al Hijo. El que ve al Hijo está viendo al Padre (Jn 14,9). Y el que odia al Hijo está odiando al Padre (Jn 15, 23). La hostilidad y el odio del mundo contra Jesucristo, en definitiva, es una hostilidad contra su Padre, contra Dios (Jn 8,31-59).

Por eso también, el único que conoce perfectamente *-epiginóskei-* al padre es el Hijo y el único que conoce perfectamente al Hijo es el Padre (Mt 11,27). De la misma manera que el Hijo conoce al Padre es conocido por el Padre

(Jn 10,15) Este conocimiento recíproco supone y es un misterio que los relaciona y los unifica de tal forma que el Hijo encarnado se atribuye el título de "YO SOY" (Jn 8,24,28), hasta entonces reservado para el Padre Dios (Is 43,10.12,13; Ex 3,14).

Hay entre ambos tal interpenetración que bien podemos decir que el Hijo vive en el corazón del Padre y el Padre en el corazón del Hijo. Uno está dentro del otro. Esta mutua inmanencia está muy atestiguada:

"Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí" (Jn 14,11).

"El Padre está en mí y yo en el Padre" (10,38)

"Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean una misma cosa en nosotros" (Jn 17,21)

"Yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros" (14,20)

Esta triple inmanencia, del Padre, del Hijo y de los hijos (los creyentes), está expresada en la alegoría de la vid (Jn 15,1-17). El Padre es el viñador, el Hijo es la vid y los hijos son los sarmientos. La vid está existencialmente vinculada con el viñador y los sarmientos lo están vitalmente con la vid.

El Hijo es el pleroma del Padre, en un sentido pasivo, está lleno de Dios, y es, a la vez, el pleroma de la Iglesia, en sentido activo, llena de Dios a los creyentes.

Dios Padre le ha dado al Hijo su propio nombre (Jn 17,11-12), su propia naturaleza, su esencia misma, es decir, le ha dado todo lo que es. Jesucristo puede decir: "Todo lo que tiene el Padre es mío" (Jn 16, 15), "todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío" (Jn 17,10)

3.- El enviado del Padre

Jesucristo ha venido e este mundo como el enviado y el acompañado del Padre (Jn 5,36;6,57; 10,36).

"El que me ha enviado está siempre conmigo y no me deja solo" (Jn 8,29).

El Padre actúa en él y a través de él. "Lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo" (Jn 5,19). "Ni él sin mí, ni yo sin él podemos hacer cosa alguna" (L. Maldonado). El que lo ha enviado está con él, está en él, es él (Jn 8,24.28;13,19; 16,32).

El Hijo ha venido en calidad de legado divino y así hay que aceptarlo y creerlo:

"Lo que Dios quiere que hagáis es que creáis en el que él ha enviado" (Jn 6,29;3,18;17,3).

Esta continua presencia del que le ha enviado, en "el enviado", conlleva una doble consecuencia: el que recibe y honra al enviado, recibe y honra al que le ha enviado (Jn 5,23); y el que cree en el enviado, cree en el que le ha enviado (Jn 5,24;12,44).

Jesucristo manifiesta una dependencia omnímoda del Padre. No habló nunca por su propia cuenta. El Padre le ha prescrito lo que tenía que decir. Es la voz del Padre:

"Esta doctrina no es mía, sino del que me ha enviado" (Jn 7,16). "Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre me ha ordenado lo que tengo que decir y enseñar" (Jn 12,49; 14,10)

Realiza una función de mensajero y no puede excederse en su misión y en sus atribuciones.

Dice que el Padre y él son una misma cosa y, al propio tiempo, dice que "el Padre es mayor" que él (Jn 14,28). No se trata de una inferioridad o de una subordinación del Hijo respecto al Padre, en el sentido de que sea una criatura, aunque sea la primera, del Padre, como pensaban los arrianos. El es "el enviado del Padre" y "el enviado no es más que el que le envía" (Jn 13,16), antes al contrario, está en dependencia del que le

envía, sometido a él, cumpliendo su misión de glorificarle y de darle a conocer, y sólo en este sentido es inferior a él.

Los apóstoles son testigos cualificados de que Jesucristo es el enviado del Padre:

"Nosotros somos testigos, hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado a su Hijo, el salvador del mundo" (1 Jn 4,14).

Son, a su vez, los enviados del enviado: "Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros" (Jn 20 21). El Padre le envió como servidor de los hombres. Y eso, que él llevó a la práctica, es lo que tienen que hacer ellos: poner en marcha la Iglesia, para lo cual les da plenos poderes, pero no poderes de mando o de tiranía, sino de servicio. La ley constituyente de la Iglesia, promulgada por Jesús en el lavatorio de los pies, es la ley del servicio, la de la esclavitud, pues los cristianos son unos expropiados para utilidad pública. Su norma suprema es el mandamiento nuevo. Dispuestos a todo, hasta morir por el hermano.

Jesucristo da a sus discípulos y a todos los miembros de su Iglesia el poder y el deber de perdonar. Pueden perdonar en su nombre y tienen la obligación de perdonarlo todo, siempre y a todos.

4.- La voluntad del Padre

Jesucristo es el Hijo ideal, entregado absolutamente al Padre, en amor, en obediencia y en fidelidad: "Yo hago lo que el Padre me ha ordenado" (Jn 14,31). Su alimento es hacer la voluntad del Padre (4,34). Nunca intentó hacer su propia voluntad, sino la de su Padre (5,30). Esa era su misión:

"He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado" (6,58).

Con toda verdad podía decir:

"Hago siempre lo que le agrada" (8,29). "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (15,10).

No procede en nada por voluntad propia, ni siquiera en el momento de juzgar a los hombres. Es un juez que "oye" al Padre y pronuncia su sentencia después de oírle: "Yo juzgo como me lo ordena el Padre" (5,30). Y la sentencia del Padre no es condenatoria, pues "Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que el mundo se salve por él" (Jn 3,17). La voluntad del Padre es que el Hijo no pierda ni uno solo de los que él le ha dado (6,39).

Hizo la voluntad del Padre hasta el final, hasta beber el cáliz que le había servido el Padre (18,11), "se entregó a sí mismo por nuestros pecados... conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro" (Gal 1,4); con razón podía decir en la cruz: "Todo está cumplido" (Jn 19,30). Ha hecho siempre lo que el Padre quería.

5.- El revelador del Padre

Con la revelación Dios nos da a conocer sus sentimientos, los misterios de su divinidad. Jesucristo es el cauce de su revelación, el camino que ha elegido para automanifestarse, de tal modo que todo lo que sabemos de Dios Padre nos lo ha revelado él con sus palabras y con sus obras.

Jesucristo es la última y definitiva palabra de Dios (Heb 1,1-2), la Palabra hecha carne (Jn 1,14). Es la voz del Padre, dice lo que el Padre le ordena (Jn 12,49) y en los términos en que se lo ordena (12,50) en sumisión total y en fidelidad perfecta. Revela la vida íntima de Dios. Su revelación es plena, exhaustiva, pues "nos ha dado a conocer todo lo que ha oído a su Padre (Jn 15,15).

Jesucristo es el manifestador manifestado, revela al Padre

revelándose a sí mismo, poniendo al descubierto el misterio de su persona, dándose a conocer a sí mismo, pues al conocerle a él, conocemos al Padre (Jn 8,19).

Hablaba del Padre en lenguaje figurado. Sólo al llegar su hora, la hora de su muerte, de su resurrección y de su exaltación gloriosa, habló del Padre con toda claridad (Jn 16,25), abiertamente, con absoluta libertad. La misma libertad que deben tener los discípulos en sus relaciones con el Padre. Cuando les hablaba en imágenes, no entendían nada (Jn 10,6). Ahora lo entienden todo:

"Ahora sí que hablas con claridad y no en lenguaje figurado....por eso creemos que has venido de Dios" (Jn 16,29-30).

La hora de Jesucristo les abre el entendimiento y les hace llegar a la fe verdadera, comprenden el misterio que él es, el mismo de Dios Padre.

La revelación que nos hace Jesucristo es en orden a nuestra salvación escatológica y es como la conciencia crítica de la Iglesia, la cual debe mirarse y autojuzgarse cada día en las palabras de Jesús, el Hijo de Dios.

6.- El apoderado del Padre

Jesucristo "ha sido constituido Hijo de Dios en poder" (Rom 1,4). Lo ha sido tras su resurrección y su exaltación gloriosa, pero lo era ya antes, desde su venida a este mundo revestido de los plenos poderes del Padre. Era el plenipotenciario. El Padre le encomendó todas sus cosas y todos sus querer. Y el querer máximo del Padre es "que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4).

Este querer del Padre lo realizará redimiendo al mundo, pues para ese fin el padre le "ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18), le ha hecho soberano del mundo. Tras la redención, esta soberanía le pertenece también por

derecho de conquista. Una soberanía descrita así por San Pablo:

"Dios le exaltó sobremanera y le otorgó un nombre que está sobre cualquier otro nombre, para que al nombre de Jesús doblen sus rodillas los seres del cielo, de la tierra y del abismo y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (Flp 2,9-11; Col 1,13-20; Heb 1,2-2,18).

Todo lo que el Hijo hace, lo hace en nombre y con el poder de su Padre (Jn 10,25). "No puede hacer nada por si mismo, como no lo vea hacer al Padre. Lo que el Padre hace, lo hace del mismo modo el Hijo" (Jn 5,19). Y el Padre ama tanto al Hijo que le muestra todo lo que hace (Jn 5, 20).

En Israel, los hijos aprendían de sus padres el oficio, veían lo que él hacía y le imitaban. Jesucristo afirma que lo ha aprendido todo del Padre y que no hace nada sin mirar al Padre, para hacerlo como lo hace Él. Identifica su actividad con la del Padre

7.- El camino hacia el Padre

"Salí del Padre y vine al mundo; dejo el mundo y me voy al Padre" (Jn 16,28). Con estas palabras Jesús afirma su existencia en la eternidad y su encarnación en el tiempo. Es "la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos ha manifestado" (1 Jn 1,2). Jesucristo ha recorrido un itinerario que recuerda el de la Palabra de Dios descrito por Isaías:

"Como la lluvia y la nieve descienden desde el cielo y no vuelven allá sin empapar la tierra, sin fecundarla y hacerla germinar para que dé sementera al sembrador y pan para comer, así la palabra, que sale de mi boca, no vuelve a mí sin resultado, sin haber hecho lo que yo quería y haber cumplido su misión" (Is 55,10-11).

Evoca también el himno cristológico de Flp 2,6-11, antes citado en parte. Jesucristo vino de junto al Padre y tras haber realizado su misión, podía decir: "Yo me voy al Padre" (Jn 14,12). Pero estas palabras no son el final de su obra, sino el comienzo de una nueva actuación en el trono celeste, glorificado ya "al lado de su Padre, "siempre vivo intercediendo por nosotros" (Heb 7,25).

El es nuestro defensor ante el Padre (1 Jn 2,1), lo que nos garantiza la vida eterna, pues está siempre abogando por nosotros (Rom 8,34). Y como es "un abogado justo no se hace cargo de una causa injusta" (S. Beda). Murió por nuestra causa, pagó nuestros delitos con su muerte. Esos méritos suyos constituyen el argumento de su defensa y el aval de nuestra salvación.

En el pasaje de Jn 14,4-11 la palabra "Padre" aparece diez veces y siempre en torno a la idea de que Jesucristo es el único camino para ir al Padre:

"Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí" (Jn 14,6).

Este texto admite diversas interpretaciones, algo, por otra parte, frecuente en el IV evangelio. Jesucristo es el camino que conduce a la verdad y a la vida que están en el Padre; Jesucristo es el camino que, por la verdad, es decir, por la Palabra de Dios revelada por él, lleva a la vida que es el Padre; Jesucristo es el camino, porque es la verdad y la vida. La mejor traducción podría ser esta: "Yo soy el camino verdadero que conduce a la vida". En todo caso, Jesucristo es el único mediador entre el Padre y nosotros, el puente que une a la humanidad con la divinidad: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5).

Si nadie puede ir al Padre, sino a través de Jesucristo, nadie puede ir a Jesucristo, si el Padre no le lleva:

"Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo trae" (Jn 6,44)

Dios Padre, llevado de su amor, nos conduce hacia Jesucristo y hacia él mismo:

"Con un amor eterno, te amé; por eso, te atraje en mi misericordia" (Jer 31,3) .

Para llegar a tener la fe en Jesucristo, como requisito para nuestra salvación, es necesaria la acción divina en nosotros. La iniciativa la tiene siempre Dios:

"Conviértete y me convertiré, hazme volver y volveré" (Jer 3,18).

La salvación es un puro don de Dios. Lo es la fe: "Nadie puede decir "Jesús es el Señor, si no es movido por el Espíritu" (1 Cor 12,3). Lo son las obras meritorias: Dios lo hace todo en todos" (1 Cor 12,6), "el que obra en nosotros el querer y el obrar" (Flp 2,13). Todo es gracia. "Hemos sido salvados gratuitamente" (Rom 3,24). Dios "nos ha salvado.., por puro amor" (Tit 3,5). Que a nadie se le ocurra pensar que se salva por las obras que realice. Las obras no salvan, salva la gracia y la gracia es un don, es un regalo del amor misericordioso de Dios.

8.- La promesa del Padre

En el A.T., Dios Padre promete el Espíritu Santo para los tiempos mesiánicos. Esta promesa aparece a nivel individual en tres textos de los tres Isaías:

Primer Isaías: "Sobre él reposará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Dios" (Is 11,2)

Tres trípticos que describen las cualidades del Mesías futuro y las dotes de gobierno que deben tener los dirigentes de las comunidades.

Segundo Isaías: "Aquí está mi siervo a quien protejo, mi elegido en quien mi alma se complace. He puesto en él mi Espíritu para que traiga la justicia a las naciones" (Is 42,1).

Los dirigentes tienen como misión fundamental practicar, ellos los primeros, la justicia. Y después proclamarla con todo vigor y velar para que en todo momento, y a todos los niveles, se lleve a la práctica.

Tercer Isaías: "El Espíritu del Señor está en mí, porque el Señor me ha ungido, me ha enviado a llevar la buena noticia a los pobres" (Is 61,1).

La justicia se alcanza, sólo cuando se cumplen los derechos humanos, es decir, cuando los pobres pueden ejercerlos, pues, en definitiva, los derechos humanos no son otra cosa que los derechos de los pobres, pues los ricos ya se las apañan, con su poder y con su dinero, para ejercerlos.

Los profetas del exilio y del postexilio anunciaron también la promesa del Espíritu a nivel colectivo:

"Infundiré mi Espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos, observando y guardando mis leyes" (Ez 36,27).

El futuro pueblo mesiánico se moverá a impulsos del Espíritu. Es clásica la profecía de Joel:

"Derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán..., hasta en los esclavos y las esclavas derramaré mi Espíritu en aquellos días" (Jl 3,1-2).

San Pedro vio cumplida esta profecía en el Pentecostés cristiano (He 2,16).

"Jesús, exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo, objeto de la promesa, lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo" (He 2,33).

El Espíritu Santo es enviado por el Padre (Jn 14,26), igual que el Hijo (14, 24); es dado por el Padre (14,16), igual que el Hijo (3,16); no habla por su propia cuenta, sino que anuncia lo que ha oído (16,13), igual que el Hijo (14,10); ejerce una función docente (14,26), igual que el Hijo (6,59; 7,14; 8,20); conduce a la verdad (16,13), es el "Espíritu de la verdad" (15,26), igual que el Hijo (14,6).

Uno y otro hacen y dicen lo que el Padre les ha encomendado. El Hijo nos ha enseñado la doctrina que ha aprendido del Padre y el Espíritu Santo nos lleva al conocimiento pleno de esa misma doctrina. Hay un concurso y una misión concertada entre los dos enviados del Padre, el Hijo para exponer y el Espíritu Santo para clarificar lo que el Padre quiere. San Ireneo dice que el Hijo y el Espíritu Santo son como las dos manos de Dios Padre.

Se trata de la misma y única revelación del Padre -no de dos revelaciones paralelas-, presentada por el Hijo y explicitada por el Espíritu Santo. El tiempo de la enseñanza del Hijo ya terminó. Ahora estamos en el tiempo del Espíritu Santo, en el tiempo de la Iglesia guiada y vivificada por el Espíritu Santo que el Padre ha enviado en nombre de su Hijo (14,26) y que el mismo Hijo ha enviado de parte del Padre (15,26). El Espíritu Santo procede de los dos como de un solo principio.

III. - EL PADRE Y LOS HIJOS

1.- Hijos adoptivos

Dios ha querido hacernos hijos suyos:

"Como prueba de que sois hijos, Dios ha enviado a vuestro corazón el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre! De suerte que ya no sois esclavos, sino hijos" (Gal 4,6)

Sabemos que somos hijos porque el Espíritu, que está en nosotros, nos hace llamar Padre a Dios. Si no fuésemos, de verdad, hijos, no podríamos llamarle "Padre". Esta filiación adoptiva es fruto del infinito amor de Dios:

"Por puro amor nos ha predestinado a ser hijos adoptivos" (Ef 1,5). "Mirad qué grande amor nos ha dado el Padre al hacer que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos de verdad" (1 Jn 3,1).

Es una filiación recibida en el nacimiento nuevo por medio "del agua y del Espíritu" (Jn 3,5) y por la palabra de la verdad (Sant 1,18), que nos hace "participes de la naturaleza divina" (2 Pe 1,4), lo que significa que se trata de una adopción más que adoptiva que aquí y ahora no está plenamente manifestada:

"Queridos, desde ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es" (1 Jn 3,3).

En el más allá sabremos en qué consiste eso de que "seremos semejantes a él", es decir, conoceremos en plenitud esta filiación misteriosa que ya está realizada y por cuya plena realización estamos expectantes:

"Nosotros gemimos dentro de nosotros mismos esperando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo" (Rom 8,23).

La persona humana -alma y cuerpo- será transfigurada en la luz divina, cuando "lo veamos cara a cara" (1 Cor 13,12) y en su luz veamos nuestra luz (Sal 36,10). Las almas no andan solas, ni pueden andar solas. Su razón de ser es la de informar al cuerpo y de constituir con él la persona humana que será glorificada. Podemos decir que se trata del cuerpo espiritualizado o del alma corporeizada.

Para San Pablo, el punto final, la culminación de la redención está en función del cuerpo que un día -en el instante mismo de la muerte- será glorificado. Esto significa, entre otras cosas, que menospreciar o maltratar al cuerpo, como si fuera el origen de todos los pecados, o la encarnación misma del pecado, es situarse en confrontación con los planes de Dios. ¿Por qué no tener como amigo, y no como enemigo, al cuerpo? ¿Por qué estar siempre negándole lo que pida, si lo que pide ni es pecado ni va contra la voluntad de Dios?. Además ¿dónde está el límite del pecado? ¿Quién tiene sabiduría y poder para señalarlo? Sólo Dios nuestro Padre, el único que puede hacerlo, que ya lo ha hecho con su palabra revelada contenida en las Sagradas Escrituras, norma de nuestra vida y medida firme de la verdad.

¿Qué razón puede haber para que estemos en continuo enfrentamiento con el cuerpo como si la perfección espiritual consistiera en el *"agere contra"*? Dios Padre no nos ha traído a este mundo para que nos martiricemos, sino para que gocemos de las maravillas que tan abundante y tan generosamente ha querido poner en él para que sean nuestras delicias.

2.- Herederos del Padre

Hemos sido elegidos por Dios para ser "hijos en el Hijo". Y a su hijo lo constituyó "heredero de todas las cosas"

(Heb 1,2). Y con él, "primogénito entre muchos hermanos" (Rom 8,29), nosotros somos también herederos. Dios puede, o no, darnos la gracia de la filiación, pero, si nos la da, tenemos derecho a todo lo que de esa gracia se deriva, como es la herencia de la gloria eterna, de la que somos coherederos con Cristo:

"Si somos hijos, somos también herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo" (Rom 8,17).

El derecho a la herencia del padre, lo tienen igualmente los hijos naturales y los adoptivos: "Si eres hijo, eres también heredero por la gracia de Dios" (Gal 4,7).

En el bautismo el Padre derramó en nuestros corazones el Espíritu Santo que nos renueva interiormente. De este modo, "justificados por su gracia, llegamos a ser herederos de la vida eterna" (Tit 3,7). Una vez que el cristiano pasa por "el baño de regeneración" (Tit 3,6), es una criatura nueva y heredero, por derecho, de la vida gloriosa en su estadio definitivo y eterno, "tal y como ahora lo esperamos" (Tit 3,7), pues los creyentes "deben heredar la salvación" (Heb 1,14).

3.- Dios, nuestro Padre

Jesucristo nos dijo: "Rezad así: Padre nuestro..." (Mt 6,9). Debemos relacionarnos con él con la familiaridad y la confianza de hijos. Dios es nuestro padre, porque a él le debemos el ser y el subsistir, porque de él procede todo bien (2 Cor 5,18), el don de la nueva vida en Cristo (Rom 8,15); "la gracia y el don de la justicia" (Rom 5,17); el don de la fe, garantía de nuestra salvación (Ef 2,8). "Todo don perfecto y todo don excelente viene de lo alto, del padre de las luces. El nos ha engendrado" (Sant 1,17-18) .

Pero, al mismo tiempo, debemos relacionarnos con él con el debido respeto y salvadas las distancias. Pero nunca con miedo,

porque es padre. A Dios no hay que temerle, hay que amarle.

Al llamar padre a Dios, estamos reconociendo que es la fuente de la vida, el poder supremo, la misericordia infinita; que nos dirigimos a él con amor y con respeto. La palabra "padre" habla, por sí misma, de amor, y, referida a Dios, de su amor infinito a los hombres, manifestado al entregar a su Hijo único por la salvación del mundo (1 Jn 4,11). Y, como es un padre lleno de bondades, satisface nuestros deseos, aguanta nuestras impertinencias y comprende nuestras debilidades:

"En siendo padre, nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos a él, como el hijo pródigo, hanos de perdonar, hanos de consolar..., hanos de regalar, hanos de sustentar" (Santa Teresa C 44,1)

Por nuestra parte, al atrevernos a llamarle padre, nos comprometemos a portarnos como hijos:

"Con toda humildad hablarle como Padre, pedirle como Padre, regalarse con él como con Padre" (Santa Teresa C 46,2)

Así procedía San Pablo, con una familiaridad llena de confianza, de amor y de respeto. Le tiene tan presente en su vida, que todas sus cartas las comienza saludando a sus destinatarios con el augurio de la gracia y la paz de parte "de Dios, nuestro Padre"³⁶.

4.- La oración filial

Ya hemos dicho que Jesucristo empezaba siempre su oración con la palabra "Padre":

"Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz" (Mt 26,39).
"Padre, Señor del cielo y de la tierra, yo te alabo..."(Lc 10,21)."

³⁶ Rom 1,7; 1Cor 1,2; 2 Cor 1,2; Gal 1,3; Ef 1,2; 4,20; 1 Tes 1,5; 2,16; 1 Tím 1,2; 2 Tim 1,2.

Padre, te doy gracias, porque me has escuchado" (Jn 11,41). "Padre, perdónalos" (Lc 23,34).

Nos manda que nosotros hagamos también la oración desde la confianza filial. Esto es lo que nos quiere decir reiteradamente con estas palabras:

"Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo concederá" (Jn 16,23). "Hasta ahora no habéis pedido en mi nombre" (Jn 16,24)

Jesucristo es el nombre del Padre, como se desprende de estas dos frases de idéntico sentido:

"Padre, glorifica tu nombre" (Jn 12,28).

"Padre, glorifica a tu Hijo" (Jn 17,1).

Juan 1,14 podría traducirse así: "El Nombre se hizo carne y habitó con nosotros". La misión reveladora de Jesucristo consiste fundamentalmente en la manifestación del nombre del Padre: "He manifestado tu nombre a los hombres" (Jn 17,6), lo que equivale a manifestar que Dios es Padre. La manifestación de que Dios es padre en sentido generacional y eterno (el Hijo) y en sentido regeneracional en el tiempo (los hijos) nos la ha hecho Jesucristo.

Pedir en nombre de Jesucristo significa dirigirnos a Dios como a un Padre, pedirle en su calidad de Padre, con lo cual captamos su benevolencia y aseguramos la concesión de lo que le pedimos, porque

"¿Qué padre, entre vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?" (Lc 11,11).

Si Dios es nuestro Padre, tiene la obligación de atendernos y nosotros el derecho a ser atendidos. Es verdad que el hombre ante Dios no puede hablar nunca de derechos, pero si él, por

puro amor, ha querido ser nuestro Padre y hacernos hijos suyos, no estamos faltos de razón al esperar confiadamente lo que le pedimos.

Hasta ahora no se había pedido de este modo, porque la paternidad de Dios era un secreto escondido. Pero después de la revelación de Jesucristo, hay que acudir a él, como se acude a un padre. No se trata de pedir a Dios en nombre de Jesucristo, apoyándonos en sus palabras, poniéndole a él por intermediario, acudiendo a sus méritos, sino de pedir directamente al Padre, sin la intercesión de Jesucristo. El Hijo se va y el Hijo es el nombre del Padre. Pedir en el nombre del Hijo es pedir directamente al Padre.

5.- Los hijos de la libertad

Los cristianos son hijos de la "ley perfecta, la ley de la libertad" (Sant 1,25), "la ley regia de la Escritura" (Sant 2,8), "la ley de Cristo" (Gal 6,2) que no es otra que la ley del amor, se sienten únicamente atados por el amor.

Jesucristo los ha hecho libres (Gal 5,1.13). Han pasado de un régimen legal esclavizador a un régimen espiritual liberador. Tienen autonomía respecto al cumplimiento exigido por la ley mosaica, pero no dejan de cumplir lo bueno que tiene la ley (Rom 8,4). "Jesucristo es el fin de la ley" (Rom 10,4) y el comienzo de la nueva era de la gracia.

Están sometidos a la "ley del Espíritu", actúan a impulsos y bajo los dictámenes del Espíritu. La ley esclaviza y la gracia libera. Acogidos a la ley de la gracia, se han emancipado de la ley que los tenía aprisionados (Rom 7,6). Se mueven en libertad. Todo les está permitido y no son esclavos de nada. Para ellos, todo es bueno (Rom 14,20), poseen el Espíritu y donde hay Espíritu hay libertad (2 Cor 3,17). "Si estáis guiados

por el Espíritu, no estáis bajo la ley" (Gal 5,18; Rom 7,6) Como hijos de Dios Padre, viven en la verdad y la verdad los hace libres (Jn 8,32)

La razón última de esta libertad, de carácter eminentemente espiritual, está en que son hijos de Dios (Gal 5,26), al que pueden llamar Abba-Padre, y, por tanto, ya no son esclavos (Gal 4,6). No pueden caer de nuevo en la esclavitud.

"No están bajo el dominio de la ley, sino bajo la acción de la gracia" (Rom 6,15).

Han sido justificados por Jesucristo y "para el justo no hay ley" (1Tim 1,9), pero el "justo" es aquel en el que habita el amor, el que es amor (Rom 5,5). Están, por tanto, sometidos a la ley, suprema y única, del amor, la cual, siendo libres, los hace esclavos de todos, pues no hay mayor fuerza esclavizadora que la ley del amor. Así era San Pablo que podía decir esto a los Corintios:

"Libre, de hecho, como estoy de todos, me hago esclavo de todos para ganarlos a todos" (1 Cor 9,19).

Sólo los que son plenamente libres pueden hacerse esclavos de los demás de manera absoluta.

6.- Los hijos privilegiados

Dios demostró su especial predilección por los niños con la ternura con que prodigaba su amor a Israel, del que "cuidaba como de un niño en el regazo de su madre" (Sal 131,2). A Dios le agrada la alabanza de los niños (Jl 2,6). Esta predilección por los pequeños, por los débiles y por lo de segundo orden, es una constante en la Biblia. Dios elige a los menores. A Isaac y no a Ismael; a Jacob y no a Esaú; a Gedeón, el último de la familia más humilde de Manasés; a David y no a sus hermanos

mayores; a Salomón, el hijo más joven de David; José es el preferido de Jacob y Efraín adelanta a Manasés.

En el reino de Dios los últimos son los primeros; lo más importante es lo más pequeño; lo más débil es lo más fuerte. Dios no se revela a los sabios y a los entendidos, sino a los más pequeños, a los más sencillos, a los ignorantes (Mt 11,22). De los niños y de los que son como niños es el reino de los cielos (Mt 18,5).

Jesucristo los amó tanto, que los cogía en brazos y deseaba su compañía (Mc 10,14). Hasta se identificó con ellos: "El que acoge a un niño, en mi nombre, me acoge a mí" (Mt 18,5). Lo hacía, porque son los grandes indigentes, los grandes necesitados, los más pobres, pues dependen de los demás de manera absoluta. No pueden valerse por sí mismos, lo necesitan todo. Carecen de todo poder, son frágiles, débiles, insignificantes, están a merced de los demás, excluyen la malevolencia y la hipocresía, se divierten con una nonada. Por eso Jesucristo los puso como modelo:

"Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de Dios, y el que se haga pequeño, como este niño, ese es el más grande en el reino de Dios (Mt 18,3-4).

El adulto, que se hace niño, se deja llevar por Dios, le obedece en todo, se echa en sus brazos como el niño en brazos de la madre, es "sencillo de corazón" (Sab 1,1), no tiene "alma doble" (Sant 4,8), ni "doble de corazón" (Si 1,28); se siente incapacitado para entrar en el reino de Dios, lo espera de Él y lo recibe como un don.

Los más pequeños son los más atendidos y mimados por los padres, así también los niños, y los que se hacen como niños, son los más privilegiados, los más gratos a los ojos de Dios nuestro Padre.

IV.- LOS HERMANOS

1.- La fraternidad original

La Biblia dice que la humanidad entera proviene de un mismo tronco, Adán y Eva. Esto significa que todos somos hermanos, que el proyecto original de Dios era la creación de una comunidad humana fraternalmente unida.

Pero este ideal se quebró desde el principio. Y en el principio se producen enfrentamientos dramáticos. Enfrentamiento del hombre consigo mismo, al perder la paz interior rota por el pecado (Gn 3,7). Enfrentamiento entre esposos, Adán y Eva (Gn 3,12). Enfrentamiento entre hermanos, Caín y Abel (Gn 4,8-9). Enfrentamiento familiar, Noé con sus hijos y Cam (Gn 9,20-27). Enfrentamiento de la sociedad entera, de pueblos contra pueblos, tras el episodio de Babel (Gn 11,7-8).

Así comienza la historia de la humanidad. La lucha de las fuerzas del bien y del mal en cada hombre, las peleas y las discusiones conyugales, la ruptura de los vínculos de la sangre, las guerras fratricidas, la falta de respeto de hijos a los padres, la aversión entre las naciones. Así fue desde el principio y así ha continuado a lo largo de la historia. Las guerras, a todos los niveles, no han cesado nunca:

¿Qué explicación puede tener esto? Es la pregunta que se hacía el profeta Malaquías en el siglo V a. C. a la que la humanidad no ha querido dar la respuesta adecuada que termine con tanta crueldad:

*"¿No tenemos todos un mismo Padre?
¿No nos ha creado un único Dios?
Por qué estamos unos contra otros?" (Mal 2,10)*

Estamos unos contra otros, porque cada cual, cada pueblo y

cada región se deja arrastrar por el egoísmo, por el ansia insaciable de ser y de poseer, de poder y de riqueza, dos espacios donde el Maligno ha instalado su reino; se dejan corroer por la mezquindad envilecedora de la insolidaridad y el menosprecio; se dejan invadir por el materialismo puro que destruye los valores más altos de la persona humana.

2.- La fraternidad judía

Israel, el pueblo elegido, saltó a la historia con vocación de ser el pueblo piloto de la fraternidad. Los fundamentos de esa fraternidad eran estos:

Un mismo padre: Abrahán

Un solo Dios: Yavé

Una Alianza: la del Sináí.

Un caudillo: Moisés

Estos cuatro supuestos unen a unos con otros y a todos con Dios. Era una fraternidad sostenida por diez leyes básicas, el Decálogo. La convivencia social se regía por este principio: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lev 19,18). Pero como era también una fraternidad étnica, "prójimo" era únicamente el de la misma raza, el judío, al que hay que amar como a uno mismo.

Esta fraternidad ideal no se llevó a cabo nunca. Estuvo constantemente rota. Son innumerables las denuncias de los profetas. Unos están contra otros, todos contra todos:

"Nadie perdona a su hermano. Todos devoran la carne de su hermano, Manasés a Efraín, Efraín a Manasés y ambos a dos se lanzan sobre Judá" (Is 9,18-20)

La lealtad y el amor han desaparecido. Sólo hay perjurio, mentira, robos, adulterios, violencia, sangre y más sangre (Os

4,1-2). Violación permanente de los derechos humanos, corrupción en la administración pública, opresión al pobre, al que venden por un par de sandalias (Am 4,1). Explotación del obrero, al que no pagan el jornal (Jer 20,13). Rapiñas y violencia, disputas y discordias (Miq 1,3). Todos se acechan, el hermano al hermano para ponerle trampas, sólo se piensa en hacer el mal (Miq 7,2-3). El hermano engaña y estafa al hermano, el amigo es desleal y siembra calumnias (Jer 1,3-4). Los leales han desaparecido de Israel, no queda ni uno solo (Miq 7,2).

Así son de duras y, por otra parte, tan realistas, las acusaciones públicas de los profetas.

Las voces de los sabios constatan la ruptura de la fraternidad y ensalzan los valores de la misma. No hay dolor más grande que el abandono de los propios hermanos:

"Al pobre hasta sus hermanos le odian" (Prov 19,7).

He aquí el lamento de Job:

"Mis hermanos se mantienen alejados de mí" (Job 19,13).

Y por el contrario, el verdadero hermano no abandona nunca (Prov 17,17) y dos hermanos unidos son como una fortaleza. Un hermano auténtico vale más que todo el oro del mundo:

*"En tres cosas se complace mi alma,
que son agradables a Dios y a los hombres:
la concordia entre hermanos,
la amistad entre vecinos
y marido y mujer bien avenidos" (Si 25,1).*

Del salmista son estos dos versos llenos de lirismo:

*"Qué maravilla, qué felicidad,
el que los hermanos vivan siempre unidos" (Sal 133,1)*

A pesar de todo, los profetas soñaron con una fraternidad universal de todos los pueblos conviviendo en la paz, en la unidad y en el amor.

3.- La fraternidad evangélica

El ideal soñado por los profetas se hizo realidad en Jesucristo. El mensaje evangélico es un mensaje de fraternidad, de la que los autores del Nuevo Testamento hablan bajo dos aspectos:

1º La fraternidad cristiana

Esta fraternidad está presente, de manera singular, en los escritos de Juan. Para explicar el significado de la fraternidad en San Juan, hay que partir de estas palabras:

"El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor" (1 Jn 4,8).

Por la fe y por el bautismo el cristiano se hace hijo de Dios (Jn 3,3-7). Y, como Dios es amor, el cristiano adquiere una naturaleza de amor, su esencia es el amor, tiene que permanecer siempre en el amor, si no quiere dejar de ser cristiano. El amor a Dios, sin el amor a los hombres no es posible (1 Jn 5 2). El que ama a Dios tiene necesariamente que amar a sus hermanos (1Jn 4,21). Todo el que ama al que engendró ama también al engendrado (1 Jn 5,1). Si no amamos al prójimo, que vemos, no podemos amar a Dios al que no vemos (1 Jn 4,20). San Juan habla de un amor que se traduce en obras, en acción caritativa (1Jn 3,17).

La doctrina del amor fraterno se resume en el mandamiento nuevo:

"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado, que así también vosotros os améis unos a otros" (Jn 13,14).

San Juan nos da una metafísica del amor que avanza de la siguiente manera: Dios es amor; por tanto, todo lo que lleva el signo del amor presencializa a Dios (1 Jn 4,8); Dios ama al Hijo (Jn 10,17; el Hijo nos ama a nosotros (Jn 13,1); el Padre también nos ama, porque nosotros amamos al Hijo (Jn 16,27); Dios nos amó tanto, que entregó su propio Hijo por nosotros (1 Jn 4,9); Jesucristo también nos amó hasta el extremo, hasta morir por nosotros (Jn 13,1); como una consecuencia de estos amores, surge el amor fraterno (Jn 15,12).

Esta es, pues, la motivación que hace San Juan del amor fraterno, un *amor-comunión* que nos unifica a unos con otros como unifica al Padre con el Hijo. Tanto el amor a Dios, como el amor a los hermanos, es una derivación de la fe. San Juan lo ve todo en la unión con Cristo, en la vida nueva. El mandamiento nuevo tiene sus exigencias en los hermanos por la que hay que estar dispuestos a entregar hasta la propia vida. La novedad del mandamiento nuevo radica en estas tres cosas:

1.- Tenemos que amarnos, *porque* Él nos amó: Tenemos la obligación de imitar a Jesucristo.

2.- Tenemos que amarnos *como* Él nos amó: Hasta morir por los demás, si llega el caso.

3.- Tenemos que amar a los *hermanos en la fe*: Este amor heroico se centra en los seguidores de Jesucristo, en la familia cristiana.

Cuando San Juan habla del *amor-comunión*, limitado a los cristianos, está hablando de la fuerza vital que sostiene e impulsa la marcha de la Iglesia, la cual se mantiene viva en el amor.

El amor, juntamente con el servicio, es la ley suprema de la

Iglesia, la señal de que hemos entrado en la vida nueva, de que somos Iglesia:

"Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos, el que no ama permanece en la muerte (Jn 3,14).

San Juan habla de una manera positiva, y no restrictiva. No excluye nunca el otro amor del que hablan los Sinópticos y San Pablo.

Esta ideal fraternidad cristiana se cumplió en la comunidad primitiva de Jerusalén, donde los cristianos lo tenían todo en común y nadie llamaba cosa propia a nada de lo que poseían (He 2,44-45; 4,32). A lo largo de la historia se ha cumplido y se cumple sólo en pequeñas minorías. En general, es un ideal que los cristianos estamos muy lejos de cumplir. Lo más grave es que, en las comunidades y en los pueblos, no se aprecian signos visibles y eficaces de querer cumplirlo. La fraternidad evangélica, en lo que se refiere a la repartición equitativa de los bienes de la tierra entre todos los seres humanos, está por estrenar. El amor social, que exige la comunicación de bienes, postulado fundamental del evangelio, no funciona ni siquiera entre los que oficialmente nos llamamos cristianos.

2º) La fraternidad universal

En San Pablo y en los evangelios Sinópticos el amor fraterno no está motivado, como en San Juan. San Pablo proclama la universalidad del amor. Jesucristo, con su muerte en cruz, hizo un solo pueblo de todas las naciones del mundo:

"Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, hombre o mujer, todos sois lo mismo en Cristo" (Gal 3,28; Ef 2,14).

Jesucristo vino a derribar todos los muros, todas las fronteras que separan. Todos los seres humanos tienen la

misma naturaleza, la misma dignidad, son sujetos de los mismos derechos. Todos han sido redimidos por Jesucristo.

El amor fraterno de los Sinópticos es también más desinteresado que el de San Juan. Hay que amar al prójimo como a uno mismo (Mt 19,19; 12,31), pero igualmente hay que amar a los enemigos (Mt 5,44) y no sólo a los que nos aman (Lc 6,32). San Juan se fija más en Lázaro, en Marta y María, en los discípulos de Jesucristo, mientras que los Sinópticos se fijan en el Samaritano, en los pecadores, en la oveja perdida, en el hijo pródigo (Lc 10,33;15).

En la construcción del amor fraterno San Pablo parte de estas cuatro palabras: "El Dios del amor" (2 Cor 13,11), equivalentes a las que ya he citado de Juan (1Jn 4,8). Dios es el Padre universal y es amor. No puede dejar de amar al mundo entero creado por él, pues eso sería la negación de sí mismo. Ha demostrado ese amor en que su Hijo murió por nosotros (Rom 5,8). El cristiano, a imitación de Dios, vive en el amor (Ef 5,1), ama a Dios y al hombre. Pero el amor a Dios se realiza en el amor al hombre. A esto se reduce la ley y los profetas, en amar al hombre (Gal 5,14). No es que el hombre sea y esté antes que Dios, es que no hay modo de amar a Dios, si no se ama al hombre. Y al hombre hay que amarle más que a uno mismo. La caridad bien entendida comienza por los demás y termina por uno mismo.

El compromiso y la meta del amor es crear la fraternidad universal (Rom 15; Flp 2). El poder del amor es tan grande, que está por encima de todas las sabidurías, de todos los poderes, de la fe, de la profecía, de todas las virtudes y de todos los carismas, sin amor, todo se reduce a la nada (1Cor 13,1-13).

El amor es la razón de ser del hombre, el fin de su existencia, una llama viva que no puede apagarse jamás, que hay que avivarla en todo instante, pues "para este fin de amor hemos sido creados". La capacidad de amar, lejos de extinguirse, está en continuo crecimiento. Lo más natural del

hombre es amar. Para odiar, tiene que violentarse a sí mismo.

El hombre tiene la obligación de amar al prójimo. Y prójimo es cualquier hombre o mujer, aunque sea un enemigo, un ateo, un criminal, un extranjero. Cristo amo a todo el mundo, a los santos y a los criminales, y por todos murió.

El amor es comunión. Y esta comunión obliga a la comunicación de los bienes entre todos los seres humanos. La globalización de la economía debe estar regida por la globalización de la solidaridad. La tierra es de Dios (Lv 25,23). Y Dios es nuestro Padre común, por lo cual, todo debe ser de todos por igual, como lo proclamó el Concilio:

"Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa. Jamás debe perderse el destino universal de los bienes" (GS 69).

"Resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros o los pueblos de una misma familia humana. Son contrarias a la justicia social, a la igualdad, a la dignidad de la persona humana y a la paz social e internacional" (GS 29)

En el año bíblico del Jubileo se condonaban todas las deudas y se hacía una repartición equitativa de la tierra. Si el gran jubileo del año 2.000 no sirve para que, por la fuerza del amor y de la razón, los países ricos perdonen las deudas a los países pobres y para que avancemos, de manera importante, en la solidaridad universal habrá servido para muy poco. Habrá servido tan sólo para tenernos entretenidos estos tres años de preparación y para celebrar unas fiestas asamblearias, amenizadas con músicas celestiales, llenas de puro sentimentalismos que pasan como nubes de verano.

Sólo poniendo amor en todo, haciendo del amor la norma suprema en las relaciones humanas, se puede hacer de la humanidad entera una comunidad fraterna. Ese es el fin de la

utopía bíblica, por la que Jesucristo quiso derramar su sangre e inmolarsse en la cruz (Rom 5,8; Ef 5,2).

V.- LA TRINIDAD

1.- El Misterio

La Trinidad es el misterio por excelencia, el misterio de los misterios. El misterio, por su propia esencia es incomprensible e inexplicable. Cualquier misterio. Pero el de la Santísima Trinidad lo es más que ninguno. ¿Cómo poder entender que Dios sea uno y trino al mismo tiempo? ¿Que haya en Dios tres personas distintas con una misma naturaleza? ¿Que el Padre sea Dios, que el Hijo sea Dios, que el Espíritu Santo sea Dios, y que no sean tres Dioses, sino un solo Dios?

La Trinidad es el primero y el origen de todos los misterios. Una vez admitido, no hay mayores dificultades para admitir todos los demás, aunque, por supuesto, no podamos comprenderlos. El misterio trinitario es el artículo fundamental de nuestra fe. Pero, ¿cómo sabemos que Dios es Uno y Trino?

2.- La Sagrada Escritura

La Trinidad es un misterio revelado en el Nuevo Testamento. No obstante, los Santos Padres, bajo la influencia del Nuevo Testamento, encontraron en el Antiguo indicios del misterio.

"En el principio creó, Dios el cielo y la tierra... y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas" (Gn 1,1-2) .

Así, por ejemplo, San Agustín ve en este texto un atisbo de la Trinidad:

"Ya entendía yo al Padre bajo la palabra Dios, el que esto hacía; y al

Hijo lo entendía bajo la palabra Principio, en el cual lo hizo; creyendo ya, como cristiano, que mi Dios es una Trinidad, buscaba en las palabras santas y he aquí que el Espíritu se movía sobre las aguas". Aquí está la Trinidad, Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de la totalidad de cuanto existe" (Confesiones, XIII,V)

Otros Santos Padre vieron también un atisbo de la Trinidad en la frase "Hagamos al hombre", como si en el plural "hagamos" esté implícitamente contenida la Trinidad.

A todo esto hay que decir que "en el principio" no hace referencia alguna al Hijo. Significa únicamente "en el comienzo" de la creación, cuando todavía no existía nada, ni siquiera el tiempo, fuera de Dios.

El "Hagamos al hombre" es una frase enfática y solemne con un gran contenido teológico. No se refiere a la Trinidad, a la pluralidad de personas en Dios, dialogando y deliberando entre ellas para crear al hombre. Tampoco se trata de un plural mayestático (como por ejemplo, cuando el Papa dice de si mismo: "Nos") desconocido en el lenguaje hebreo. Se trata de resaltar la obra cumbre del Creador: "Hagamos al hombre". El hombre es la gran palabra de Dios, la criatura más importante que salió de sus manos, en la que quiso dejar impresa su propia imagen.

Así que, cuando los Santos Padres hacen de estos textos, y de otros del Antiguo Testamento, una interpretación trinitaria, lo que están haciendo es una interpretación acomodaticia que no se corresponde con el auténtico sentido bíblico.

Se han visto indicios de la Trinidad en la "Sabiduría", en la "Palabra" y en el "Poder" de Dios que aparecen en el A.T. como personificaciones y actuando con cierta autonomía en la creación, en la historia y en la vida de los hombres.

En el Nuevo Testamento se habla muchas veces, por separado, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Consignamos sólo cuatro textos que lo hacen de manera conjunta. En los evangelios sólo hay dos textos que lo hace de manera clara y explícita de la Trinidad: el referido al bautismo de Jesucristo y el referido al bautismo cristiano.

El bautismo de Jesucristo: Lc 3,21-22

"Después de que Juan bautizara a Jesús, aconteció que, mientras Jesús estaba orando, se abrió el cielo, descendió el Espíritu Santo sobre él, en forma corporal, y se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto".

En el texto aparece la Trinidad Sagrada: 1) La voz del Padre que proclama el cumplimiento del salmo 2,7 en Jesús, el Mesías-Rey, y el Siervo doliente de Isaías (Is 42,1-9). 2) Jesús revelado como el Hijo Amado, el Unigénito del Padre. 3) El Espíritu Santo que desciende sobre el Hijo, no para santificarle -ya era santo-, sino para ungirle, entrar en él con todos sus dones, poseerle y conferirle la investidura y la fuerza divina en orden a su obra mesiánica.

El Bautismo cristiano: Mt 28,18-20

"Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que yo os he mandado".

Enseñar y bautizar. Es la doble misión de los apóstoles. Primero, enseñar a todas las gentes, pues la salvación es universal, la doctrina de Jesucristo; y luego bautizar a cuantos conozcan y acepten el compromiso de cumplir lo que esa doctrina exige. El bautismo se administra en el nombre de las tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a las que el bautizado queda vinculado para siempre.

En San Pablo encontramos también dos textos en los

que se manifiesta de manera evidente la Trinidad Augusta:

1 Cor 12,4-6 :

"Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; diversidad de obras, pero el mismo Dios que lo hace todo en todos".

Los dones, gracias o carismas, se atribuyen al Espíritu Santo, que es el don supremo, el Pneuma, el Espíritu de amor. Los ministerios - los servicios- se atribuyen al Hijo, el Kyrios, el que aunque era "el Señor", vino a servir y no a ser servido. Las obras, los milagros, se atribuyen al Padre, el Zeos Omnipotente que está en todo y en todos.

2 Cor 13,13

La gracia de Jesucristo, el Señor, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros".

No hay un texto paulino en el que se formule de manera tan explícita la existencia de la Santísima Trinidad y en el que aparezca tan claramente la distinción de personas. La gracia el amor y la comunión pueden identificarse, pues las tres Personas actúan conjuntamente en la santificación del hombre. Por eso, las tres aparecen al mismo nivel. Son iguales y distintas. Otros textos paulinos trinitarios: 2 Tes 2,13-14; 2 Cor 1,21-22; Ef 2,18; Gal 4,6.

3.- Los Sacramentos

Ya desde los primeros tiempos del cristianismo la fe en el misterio trinitario se profesaba en los sacramentos del

bautismo y de la eucaristía. Basten estos testimonios³⁷:

San Justino (+ 165) : "Recibimos el bautismo en el nombre de Dios, Padre y señor de todo el mundo, y en el nombre de nuestro salvador Jesucristo y del Espíritu Santo"

San Ireneo (+ 202): "Recibimos el bautismo en remisión de los pecados en el nombre del Padre y en el nombre del Hijo, que tomó un cuerpo, murió, resucitó de entre los muertos, y en el nombre del Espíritu Santo". "El Hijo y el Espíritu Santo constituyen las dos manos con las cuales nos toca el Padre, nos abraza y nos moldea cada vez más a su imagen y semejanza. El Hijo y el Espíritu Santo han sido enviados al mundo para morar entre nosotros e insertarnos en la comunión"

San Hipólito (+ 235): En sus tiempos, al bautizando se le hacía la triple pregunta: "Crees en Dios Padre Todopoderoso? Crees en Jesucristo, Hijo de Dios? Crees en el Espíritu Santo?". La unción se hacía así: "Yo te unjo con el santo óleo en Dios Todopoderoso y en Jesucristo y en el Espíritu Santo". Y terminaba así: "A Ti el honor y la gloria, el Padre, el Hijo con el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos".

San Justino: "El celebrante toma el pan y el vino y eleva su alabanza al Padre en el nombre del Hijo y del Espíritu Santo".

Orígenes (185-254): La Santa Cena es "el pan sobre el que se pronuncia el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

³⁷ Los textos de los Santos Padres están tomados del libro "Dios, amor trinitario" de Franz COURTH, Edicep, Valencia, 1994

4.- La Regla de la fe

La Trinidad es la "regla de la fe", la madre de todas nuestras creencias religiosas, el dogma primordial, punto de referencia de todos los demás: La Trinidad Una o La Unidad Trina. En esto confluyen las diversas formulaciones:

Tertuliano: "Hay una regla de fe, según la cual creemos que existe simplemente un solo Dios ... que lo ha creado todo con su Palabra. Esta Palabra es llamada su Hijo ... y ha descendido finalmente por obra del Espíritu Santo con la fuerza de Dios Padre sobre la Virgen María".

S. Atanasio: " El Padre lo hace todo por medio del Verbo en el Espíritu Santo. Así se garantiza la unidad de la Santísima Trinidad". "La salvación es la gracia del Padre llevada a cumplimiento por el Hijo en el Espíritu Santo".

S. Ambrosio: " Recuerda la profesión de fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo... Tu profesión de fe te induce a que creas en el Hijo igual que en el Padre y en el Espíritu Santo". "Has sido bautizado en el nombre de la Trinidad. Has profesado la fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Vive conforme a lo que has hecho".

El Papa San Dámaso: (315-384): " El Espíritu Santo es increado y de la misma dignidad y de la misma substancia y de la misma fuerza que Dios Padre y que Nuestro Señor Jesucristo".

Concilio de Nicea (325): "El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una sola y misma substancia, testificando con su inseparable igualdad la unidad divina; y, por ello, no son

tres Dioses, sino un solo Dios".

Concilio de Constantinopla (381): "Creo en una divinidad, un poder, una esencia del Padre, del hijo y del Espíritu Santo, así como en un único honor, una sola dignidad y un mismo señorío en tres perfectas hipóstasis o personas".

Concilio de Calcedonia: "Creemos en un solo Dios Padre Todopoderoso y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios y en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida".

Concilio de Toledo (675): "El Padre es lo mismo que es el Hijo, el Hijo lo mismo que es el Padre, el Padre y el hijo lo mismo que el Espíritu Santo, es decir, un solo Dios por naturaleza".

Concilio IV de Letrán (1215): "El Padre es quien engendra, el Hijo es el engendrado y el Espíritu Santo es el que procede".

5.- Conceptos y analogías

"El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; y, con todo, esta Trinidad no son tres Dioses, sino un solo Dios" (San Agustín)

Como esto no se puede comprender, surgieron ya en la antigüedad unas herejías conocidas de todos: El Sabelianismo, defendido por Sabelio, en la primera mitad del siglo I, afirmaba el modalismo, es decir, que el Hijo y el Espíritu Santo son simplemente modos de manifestarse de Dios, pero no personas divinas distintas del Padre. El arrianismo, debido a Arrio (250-336) defendía el subordinacionismo, es decir, que el Hijo

y el Espíritu Santo están subordinados al Padre, pues son excelsas criaturas creadas por Él antes de la creación del mundo, pero no tienen naturaleza divina. Herejías que fueron ya combatidas por los Santos Padres.

Y así San Agustín afirma que en Dios todo es uno, "excepto lo que se dice de cada persona en relación con los otros". Es la teoría llamada de las "Relaciones", iniciada por San Gregorio Nacianceno que dice:

"Padre no es nombre de naturaleza, sino de relación que muestra cómo se relaciona el Padre con el Hijo y el Hijo con el Padre".

Las expresiones "Padre" e "Hijo" son expresiones relativas. El Padre sólo es Padre en relación al Hijo, porque tiene un Hijo; y el Hijo sólo es hijo en relación al Padre, porque tiene un Padre. El Espíritu Santo es "el don mutuo del Padre y del Hijo por el vínculo amoroso de uno a ambos".

Relación es la referencia de un ser a otro. En la Trinidad hay cuatro relaciones: Del Padre al Hijo, relación de paternidad; del Hijo al Padre, relación de filiación; del Padre y del Hijo al Espíritu Santo, espiración activa; del Espíritu Santo al Padre y al Hijo, espiración pasiva. El Padre es el ingénito, el Hijo es el engendrado y el Espíritu Santo es el procedente (el que procede del Padre y del Hijo como de un solo principio).

En la Trinidad hay también dos procesos o dos "Procesiones": Procesión por vía intelectual, procesión verbal: el Hijo que es la Palabra eternamente pronunciada por el Padre. Procesión por vía volitiva, un proceso de amor: El Espíritu Santo, el amor hipostático que procede del Padre y del hijo. Las "relaciones" y las "procesiones" son referencias intratrinitarias, son operaciones llamadas "ad intra", propias de cada una de las tres personas, pues las operaciones "ad extra" son comunes a las tres, aunque la creación se atribuye al Padre, la redención al Hijo y la santificación (la Iglesia) al Espíritu Santo.

Este intento de explicar el misterio fue asumido, reforzado e incorporado a la teología escolástica por Santo Tomás y empleado, hasta hace unas décadas, por todos los teólogos.

Para hablar de la diferenciación y de la unidad trinitaria empleaban los términos de hipóstasis, prosopon, esencia, substancia, subsistencia, naturaleza, relaciones, procesiones ... Se acudió también a las analogías. Unas partiendo de la persona humana: memoria, inteligencia, voluntad; ser, conocer, amar. Otras tomadas de la naturaleza: manantial, río, mar; sol, rayo, brillo; sol, luz, fuego; raíz, rama, fruto; planta, flor, aroma. Es clásica la analogía abstracta del triángulo equilátero con tres lados y tres ángulos exactamente iguales, y una sola superficie. Pero todo esto no pasa de ser un pálido reflejo de la inefable realidad.

6.- La Trinidad hoy

La teología trinitaria de hoy no discurre por los caminos de los conceptos filosóficos, que antes hemos enunciado, inusuales en el lenguaje actual. Se trata de un intento de explicación de la Trinidad no encerrada en sí misma, sino abierta a los hombres.

El misterio trinitario, considerado sólo en sí mismo, no compromete prácticamente a nada. Únicamente a un acto de fe intelectual. Hay que hacer esfuerzos de interpretación desde la ladera humana, y desde las consecuencias que el misterio debe tener en la vida privada y en las relaciones sociales de los seres humanos. Por eso, hoy se habla de la Trinidad desde la antropología, desde la sociología e incluso desde la política en su sentido más noble.

Se ve a Dios inmerso en la historia humana y en los problemas de un mundo lleno de injusticias y de sufrimientos. Injusticias que Dios no quiere y sufrimientos que él comparte

con los hombres.

A la Trinidad se la relaciona con lo social y así se ve a Dios crucificado en tantos crucificados como hay en el mundo, el Dios del cielo que sufre el dolor del hombre de la tierra.

Dios no vive en soledad y no quiere la soledad, vive en convivencia. En la Trinidad todo es comunión. La interpenetración mutua de las tres Personas, idénticas y distintas, su unidad y diferenciación, es el ideal, la regla suprema, de las relaciones sociopolíticas y religiosas de los hombres, que reclama, por una parte, la igualdad de derechos y deberes de todos los ciudadanos y de todos los creyentes, y, por otra, el respeto mutuo a las diferencias de cada cual. Y todos unidos en el amor, como están los Tres Divinos.

La nueva evangelización debe consistir en activar y en actualizar la realizada por Jesucristo: "Llevar la buena nueva a los pobres, anunciar la libertad a los cautivos, dar la vista a los ciegos, liberar a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" (Lc 4,18-19). Jesucristo significa y reclama el fin de todas las pobreza y opresiones.

Para que esto sea así se requiere una repartición total de los bienes de la tierra y una unión fraternal de todos los seres humanos. Para conseguir este fin primordial y último del evangelio, tenemos como modelo a la Trinidad Augusta. En los Tres la unión es la unidad, en los Tres se comparte todo y la comunión es absoluta en el ser, en el obrar y en el amar. Los hombres tenemos la obligación de reproducir este retrato divino en las relaciones humanas, sociales y políticas de unos con otros hasta lograr hacer de todos los pueblos la gran familia universal, en la que todo sea común y en la que todos nos amemos como hermanos.

ORACIÓN DE JUAN PABLO II PARA EL TERCER AÑO DE PREPARACIÓN DEL GRAN JUBILEO DEL AÑO 2.000

Bendito seas Señor, Padre que estás en el cielo, porque en tu infinita misericordia te has inclinado sobre la miseria del hombre y nos has dado a Jesús, tu Hijo, nacido de mujer, nuestro salvador y amigo, hermano y redentor. Gracias, Padre bueno, por el don del Año jubilar, haz que sea un tiempo favorable, el año del gran retorno a la casa paterna, donde Tú, lleno de amor, esperas a tus hijos descarriados para darles el abrazo del perdón y sentarlos a tu mesa, vestidos con el traje de fiesta

¡A ti Padre, nuestra alabanza por siempre!

Padre clemente, que en el Año Santo se fortalezca nuestro amor a ti y al prójimo: que los discípulos de Cristo promuevan la justicia y la paz; se anuncie a los pobres la Buena Nueva y que la Madre Iglesia haga sentir su amor de predilección a los pequeños y marginados.

¡A ti, Padre, nuestra alabanza por siempre!

Padre justo, que el gran Jubileo sea una ocasión propicia para que todos los católicos descubran el gozo de vivir en la escucha de tu palabra, abandonándose a tu voluntad; que experimenten el valor de la comunión fraterna partiendo juntos el pan y alabándote con himnos y cánticos espirituales.

¡A ti, Padre, nuestra alabanza por siempre!

Padre, rico en misericordia, que el santo Jubileo sea un tiempo de apertura, de diálogo y de encuentro con todos los que creen en Cristo y con los miembros de otras religiones: en tu inmenso amor, muestra generosamente tu misericordia con todos.

¡A ti, Padre, nuestra alabanza por siempre!

Padre omnipotente, haz que todos tus hijos sientan que en su caminar hacia ti, meta última del hombre, los acompañe bondadosa la Virgen María, icono del amor puro, elegido por ti para ser Madre de Cristo y de la Iglesia

¡A ti, Padre, nuestra alabanza por siempre!

A ti, Padre de la vida, principio sin principio, suma bondad y eterna luz con el Hijo y el Espíritu, honor y gloria, alabanza y gratitud por los siglos sin fin. Amén.

Índice

Pág.

<i>A.- ANTIGUO TESTAMENTO</i>	7	
1. DIOS, CREADOR Y PADRE	7	
2. ISRAEL, EL HIJO PRIMOGÉNITO	8	
3. DIOS, MADRE		11
4. UN PADRE MATERNO	12	
<i>B.- NUEVO TESTAMENTO</i>	15	
I. DIOS, “EL PADRE”	15	
1. ABBA		15
2. PADRE, MI PADRE Y VUESTRO PADRE	18	
3. EL PADRE DEL MISTERIO	19	
4. EL PADRE INVISIBLE	20	
5. EL PADRE CELESTIAL	21	
6. EL PADRE DE LAS LUCES	21	
7. EL PADRE DE LA GLORIA	23	
8. PADRE TODOPODEROSO	25	
9. EL PADRE DE TODO Y DE TODOS	26	

10. PADRE SANTO	27	
11. PADRE JUSTO		28
12. EL PADRE SALVADOR	30	
13. EL PADRE DEL AMOR	31	
14. PADRE PERDONADOR	33	
15. PADRE DE LAS MISERICORDIAS	34	
16. PADRE PROVIDENTE	36	
17. EL PADRE DE LA PAZ	38	
18. PADRE DE LOS POBRES	40	
19. EL ÚNICO PADRE	41	
20. EL PADRE DE LA ESPERANZA	42	
II. EL PADRE Y EL HIJO	45	
1. EL UNIGÉNITO		45
2. LOS IDÉNTICOS Y LOS INMANENTES	46	
3. EL ENVIADO DEL PADRE	47	
4. LA VOLUNTAD DEL PADRE	49	
5. EL REVELADOR DEL PADRE	50	
6. EL APODERADO DEL PADRE	51	
7. EL CAMINO HACIA EL PADRE	52	

8. LA PROMESA DEL PADRE	54
III. EL PADRE Y LOS HIJOS	57
1. HIJOS ADOPTIVOS	57
2. HEREDEROS DEL PADRE	58
3. DIOS, NUESTRO PADRE	59
4. LA ORACIÓN FILIAL	60
5. LOS HIJOS DE LA LIBERTAD	62
6. LOS HIJOS PRIVILEGIADOS	63
IV. LOS HERMANOS	65
1. LA FRATERNIDAD ORIGINAL	65
2. LA FRATERNIDAD JUDÍA	66
3. LA FRATERNIDAD EVANGÉLICA	68
1º) La fraternidad cristiana	68
2) La fraternidad universal	70
V. LA TRINIDAD	75
1. EL MISTERIO	75
2. LA SAGRADA ESCRITURA	75
3. LOS SACRAMENTOS	78
4. LA REGLA DE LA FE	80
5. CONCEPTOS Y ANALOGÍAS	81

6. LA TRINIDAD HOY	83
ORACIÓN DE JUAN PABLO II	85

